

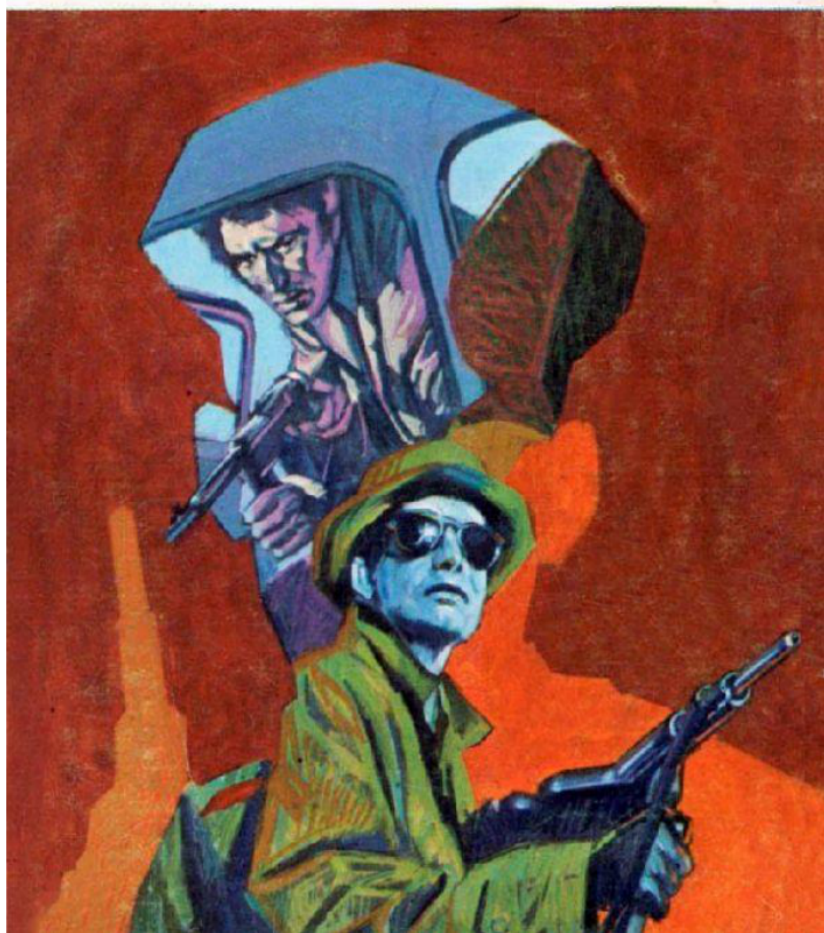
BOLSILIBROS BOLIGUERA

PUNTO

ROJO

EL SENTIMENTAL

Mark Halloran



COLECCION

PUNTO ROJO



MARK HALLORAN

EL SENTIMENTAL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 820
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 46.810 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: enero, 1978

© Francisco Bruguera - 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

732 — Los muertos viajan

En Colección ASES DEL OESTE:

593 — Un «Colt» en la sombra

En Colección PUNTO ROJO:

818 — Lobos en Harlem

CAPÍTULO PRIMERO

Se debió a un punto corrido. Nancy lo notó justo al salir del ascensor: ssssst, unas cosquillas casi imperceptibles que ascendían por su pierna izquierda. No precisamente unas cosquillas agradables, si se pensaba en sus consecuencias medias nuevas, rascarse el bolsillo. Y presentarse a Dodge Turner con una carrera, además. Turner sería un hombre observador. Los de su profesión solían serlo.

El ascensor se hallaba en un recodo del pasillo y tenía delante la ventana de la escalera de incendios. Como por la ventana entraba buena luz, Nancy, después de pulsar el botón que devolvería la cabina a la planta baja, se paró a inspeccionar el alcance del desperfecto sufrido. Localizó a media pantorrilla la malla rota. La carrera subía hasta la rodilla. Subía más aún.

En aquel momento dobló el recodo un hombre vestido de color gris-verde. Dado lo que se ofreció a sus ojos, otro hubiera, por lo menos, caminado más despacio. El hizo todo lo contrario: aceleró el paso y volvió la cara. Nancy se apresuró a dejar caer el borde de su falda, pero enseguida observó que la precaución no valía la pena. El hombre pasó por su lado con la cara vuelta, sin mirarla.

Cuando el hombre desapareció escaleras abajo, Nancy ahogó una risita y se encogió de hombros. Una pena. No la hubiera desagradado aunque sólo fuese una mirada, un silbido admirativo, algo que la hubiera hecho sentirse mujer bonita. Pero había gente para todo...

Dobló el recodo y continuó por el pasillo, que tenía seis puertas, tres a cada lado, antes del recodo siguiente. Se detuvo ante la segunda de su derecha. Sobre el botón del zumbador, en un marquito de latón, podía verse la tarjeta de Turner. Ponía: «Dodge S. Turner». Nancy no sabía lo que significaba la ese.

La puerta estaba abierta cosa de un palmo.

Pulsado por el esbelto y manicurado dedo de la muchacha, el zumbador emitió un sonido afónico. Nancy esperó. Nada. Por la abertura de la puerta veía una consola, una pared listada verticalmente de blanco y amarillo oro, una porción de espejo. Le pareció que el espejo reflejaba algo que se movía, pero debió de ser una ilusión. Pulsó de nuevo el zumbador. No acudió nadie.

Nancy experimentó una sensación de vaga alarma. Empujó un poco la puerta, introdujo la cabeza y llamó:

—¡Señor Turner! ¡Señor Turner!

Silencio.

Carraspeó, como acostumbraba hacer cuando se ponía nerviosa. Ahora veía entero el vestíbulo del apartamento: la consola, dos sillas, un silloncito tapizado, una mesa negra adosada a la pared, todo muebles de estilo, aunque de gusto dudoso. En una de las sillas había un sombrero negro. El paso hacia el interior se hallaba interceptado por una cortina que la corriente de aire balanceaba ligeramente.

Un hombre estaba sentado en un sillón.

—¿Señor Turner?

Nancy sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca. El hombre del sillón, a quien no distinguía con claridad en la penumbra, no se había movido. Se hubiera dicho que era la estatua de un hombre.

La muchacha avanzó. Tenía que ser un hombre, no una estatua; el propio Turner, según las fotos que de él había visto. Llevaba un batín negro, por debajo del cual asomaban los pantalones de un pijama y unas pantuflas. Era bastante calvo, de cara rellena y muy blanca. Blanquísima. Miraba hacia delante fijamente, fijamente, ¡fijamente!

Con la boca entreabierta.

Nancy chilló como una loca. Era ridículo, vergonzoso, pero no pudo contenerse.

De pronto, sonó un rumor a su espalda. Un roce. Pasos. ¿No eran pasos? ¡Pasos! Hizo un esfuerzo enorme, y se volvió. ¡Nadie! ¡Pero la cortina del vestíbulo se agitaba! ¡La puerta exterior fue cerrada violentamente!

La mente embotada de Nancy despertó a la aterradora verdad: alguien, además del muerto, estaba en el apartamento cuando ella

había entrado. Ahora escapaba, ¡y no podía ser sino el asesino de Turner! ¡Porque se trataba de un asesinato! ¡Por supuesto que sí!

Tardó algún tiempo en tranquilizarse.

«Idiota —pensó entonces—. Te conduces como una colegiala. Es sólo un hombre muerto. Si ha habido peligro, ha pasado en cuanto el otro... Pero estaba... El otro... Debo hacer algo. ¿Qué se hace?».

Llamar a la policía.

¿Cómo se llama a la policía?

Nancy buscó con la mirada un teléfono. Lo encontró cerca del sillón de Turner, más allá, en una fea mesilla redonda. ¿La guía? Abajo, en un anaquel que tenía la mesa.

—¡Policía!

Una voz neutra respondió:

—Central. Diga.

—Un... un crimen. —Nancy buscó atropelladamente las palabras que correspondiesen a sus confusas ideas—. Un asesinato.

—Aguarde —dijo la voz. Sonó un *clíc*—. Continúe.

—Dodge Turner. Cien, calle Kebler. Décimo piso, apartamento número tres.

—¿Dónde está eso? —preguntó una voz nueva, más grave.

—En Harlem. Entre...

—Es suficiente. ¿Quién es usted?

—Nancy Collins, periodista.

—No se mueva de ahí.

—Pero...

—Le digo que no se mueva o habrá de entendérselas con el fiscal. Es cuestión de un minuto.

—¡Pero él está muerto! —consiguió exclamar la muchacha—. ¡No resistiré un minuto! ¡No puedo quedarme!

—Se quedará —replicó la voz—. Fume. Un pitillo ayuda.

Fue cortada la comunicación.

Nancy, dando deliberadamente la espalda al cadáver, encendió un pitillo.

Pero ni una vez se volvió a mirarlo.

Estaba solamente a la mitad del cigarrillo cuando la sobresaltó el cacareo afónico del zumbador. Casi se cayó del susto. ¿La policía? ¿Tan pronto? ¿O una visita para Turner?

Fue a abrir mordiéndose los labios. Era la policía, Dos agentes.

—¿Cómo han venido tan deprisa?

—Coche patrullero —dijo lacónicamente el policía enjuto—. Estábamos cerca. Acaban de radiar el aviso.

Su compañero entraba ya en la casa. Nancy señaló con el pulgar:

—Allí le encontrarán.

—¿Vive usted aquí?

—No.

El guardia corpulento, con los brazos en jarras, se había plantado ante el cadáver.

—¿Ha tocado algo?

—No. Es decir, el teléfono.

—¿Cuánto hace que ha venido?

—No lo sé. Menos de diez minutos, probablemente.

El agente enjuto miró en torno, sacando el labio inferior.

—Bueno, siéntese. Hay que esperar.

—¿Esperar qué?

—A los peces gordos. Le he dicho que se siente.

Nancy se sentó, y el guardia retrocedió hasta situarse junto a la cortina del vestíbulo. Su compañero, con paso firme, inició la inspección del apartamento.

La inspección duró poco y, al terminarla, el agente no dijo una palabra. Se quedó aproximadamente donde antes, frente al cadáver, ahora con las manos cruzadas a la espalda, mirando al suelo.

El zumbador repitió su llamada.

Cuatro agentes uniformados más y un hombre vestido de paisano entraron cuando el policía enjuto abrió la puerta.

El de paisano dijo:

—Cuerno, esperad ahí fuera. No cabemos todos.

—¿Podemos largarnos nosotros? —preguntó el enjuto.

—No. Los de la Brigada querrán oír vuestro informe.

—Todo está tal cual.

—Querrán de todos modos. Hala, fuera.

Los agentes obedecieron.

Nancy entornó los párpados. Bien, ¿qué? El hombre no era vulgar, pero no atinaba a decir por qué no lo era. Tenía una cara tirando a larga, de pómulos altos, nariz afilada, boca recta y enérgico mentón, partido por un hoyuelo. Proyectaba hacia adelante su mentón desafiantemente, con descarada insolencia. Sus

ojos grises brillaban como si estuviera achispado: un brillo agresivo, sarcástico, lleno de energía. Mediría metro setenta y cinco, o así, no gran altura; pero se le veía a un tiempo sólido como una pilastra de granito y flexible como una varilla de acero. Buena combinación. Vestía como un *dandy*, no como un policía.

Mientras la muchacha le miraba, el policía se aproximó al cadáver de Turner. Lo examinó como un naturalista observaría una planta rara. Suavemente, con la punta de los dedos, entreabrió su batín, en busca, al parecer, de la herida. Se inclinó para escrutar sus fijas pupilas. Le tocó la mejilla y, por fin, le movió una mano para conocer el grado de *rigor mortis*. La mano se movió sin dificultad.

Vuelto de espaldas a Nancy, el policía preguntó:

—¿Amigo suyo?

—Nunca le había visto vivo, salvo en fotografía. Nunca crucé una palabra con él, salvo ayer, por teléfono.

—¿Y bien?

—Me citó para hoy, a las once. He venido a entrevistarle. Soy periodista.

—¿Sí? ¿Qué diario?

—Una revista mensual: *Panoramas*.

—Ni idea.

—Es una revista de arte y letras.

El policía giró sobre sus talones.

—Cuando yo estaba en la Universidad, el número uno de mi curso era una chica que miraba como usted. Una sabihonda.

—Soy una sabihonda —asintió fríamente Nancy—. Gracias a ello me gano la vida.

El señaló al muerto con un movimiento de cabeza:

—¿Había hecho algo de particular?

—Acababa de publicar un libro de escándalo. Se titula *En la cálida sombra*. Es una novela con clave. Algunas figuras populares consideran que están allí retratadas, bajo nombre fingido y no precisamente en términos halagadores. Han presentado ya contra Turner dos querellas por difamación en pocos días, y es sólo el comienzo.

—¿Qué clase de figuras populares son esas?

—Gente del *jazz*. Dodge Turner es... era ensayista y crítico musical. Una pluma del montón, hasta ahora.

Se oían voces en el pasillo. El policía, que iba a hacer otra pregunta, calló. Se abrió la puerta, fue apartada la cortina y entró un hombre pequeño, nervioso, rápido, inconfundiblemente irlandés, descuidadamente vestido, con un cigarro en el ángulo de la boca, Varios hombres más le seguían.

El primero se dio a conocer:

—Teniente

O'Connor,

Brigada de Homicidios. ¿Es usted del precinto?

—Agente detective Lombroso —asintió el policía.

O'Connor hizo un gesto a sus acompañantes:

—Al trabajo, muchachos —se volvió velozmente hacia Nancy—.

¿Fue usted quien llamó por teléfono? ¿Nancy no-sé-qué, periodista?

—Collins. Fui yo.

O'Connor

sacó un bolígrafo y un cuaderno.

—Muy bien, cuénteme.

La joven cerró los ojos para concentrarse.

CAPÍTULO II

La pesquisa estaba terminando. Absorto en el trabajo de sus hombres, después de haber sacado de Nancy cuánto creyó que podía sacar,

O'Connor

se había desentendido de ella. La joven continuaba sentada en el sillón, con la cabeza apoyada en el respaldo, muy atenta a lo que en torno sucedía.

Con aire distraído, Lombroso avanzó hacia la joven.

—Puede marcharse —dijo—, aunque el teniente haya olvidado advertírselo. Pero antes me gustaría hacerle unas preguntas de mi cosecha particular.

Ella sostuvo francamente su mirada.

—Estoy a su disposición.

—Usted ha declarado a

O'Connor

que la puerta del apartamento se encontraba abierta, que había alguien aquí, alguien a quien usted no ha visto y que ha escapado aprovechando una distracción suya.

—Sí.

—¿No es raro que la puerta estuviera abierta?

—¿No es raro que maten a un hombre?

—Entiéndame. Turner se hallaba en casa, vestido con pijama y batín. Su asesino llega. Trate de imaginarlo, señorita Collins. El asesino llama a la puerta, Turner le abre y le introduce en el cuarto de estar. No le atiende en el vestíbulo, sino aquí, sentado en un sillón, el asesino saca de pronto su arma, que es, a juzgar por la herida, una pistola de pequeño calibre, probablemente provista de silenciador; tira, y deja a Turner seco. Aparece usted. El asesino la oye, se oculta, aprovecha la primera ocasión para escapar. ¿Cree que fue así como ocurrieron las cosas?

Nancy titubeó.

—No veo razón para que ocurrieran de otro modo.

—Yo, sí. ¿Por qué cuerno estaba abierta la puerta? ¿Por qué la dejó abierta Turner al introducir a su visitante? Explíqueme eso, haga el favor.

—Se distrajo. Se olvidó de cerrarla.

—No, ni hablar. Abrirle la puerta a uno y volver a cerrarla son operaciones maquinales en las que raras veces se producen distracciones. Turner vivía solo, estaba acostumbrado a abrir la puerta por sí mismo. Sería mucha coincidencia que olvidase cerrarla precisamente en la ocasión en que iba a ser asesinado.

—¿Por qué coincidencia? Un asesino no es visitante cualquiera. Turner pudo asustarse, desconcertarse, yo qué sé. Supongo que cuando una persona tiene motivos para asesinar a otra y ambas se encuentran a solas, frente a frente, la futura víctima no se conduce de manera normal.

—Siempre que conozca la existencia de aquellos motivos —puntualizó Lombroso—. Pero casi nunca la conoce, señorita Collins; de lo contrario, muchos asesinatos se evitarían antes de su comisión. ¿No tiene nada más que sugerirme?

—¿Qué quiere que le sugiera yo? —exclamó la muchacha, irritada—. No soy policía. No entiendo de estos asuntos una palabra.

—Pero es periodista.

—¿Y qué?

—La explicación que le ha dado a

O'Connor

no es lógica: falla por la base, y su base está en esa condenada puerta abierta. Temo que se reserve usted alguna información para obtener un éxito profesional haciéndola pública.

Nancy miró al detective con asombro.

—Pero ¿usted se figura que voy a publicar una sola línea referente al crimen?

—¿Cómo que no! No hay periodista en el mundo que desperdicie un bocado semejante: ¡descubrir un asesinato y encontrarse desde el principio en el centro de la investigación!

La muchacha se puso en pie.

—¿Por quién me ha tomado? —dijo desdeñosamente—. La

crónica negra no me interesa. Toda mi vida he luchado por alejar al pueblo de ese repugnante montón de basura. No voy ahora a servírsela como pasto.

—¿Ni aunque le paguen una fortuna?

—No escribo por dinero. Tengo algo que se llama ideales. Quizá usted no sepa en qué consiste.

Lombroso sonrió. Sus ojos se llenaron de chispitas.

—Eh, no se equivoque conmigo. Soy un sentimental, lo seré hasta que reviente. La comprendo. Los ideales y todo eso me llegan al alma.

Ella se preguntó si estaría burlándose o hablando en serio.

—Discúlpeme.

—No tiene importancia. —Lombroso frunció los labios y se los humedeció con la lengua—. Es debido a mi sangre italiana, ¿entiende? Luna llena sobre la bahía de Nápoles... Nací en el Bronx por un error de la cigüeña. Pero ande con cuidado. Charlie Hull, de la A. P., ha venido conmigo y aguarda ahí fuera. Debe de haber en estos momentos una docena de reporteros más. Se echarán sobre usted como lobos. Lo quiera o no, directa o indirectamente, nutrirá la crónica negra. El camino directo le sería mucho más provechoso.

—Gracias por el consejo —replicó Nancy—. Jamás he seguido ninguno, pero gracias.

El detective la acompañó hasta la puerta.

—Escóltala, Danny. Líbrala de la manada. Llévala a casa, si es preciso.

El guardia emitió un ruido de chupeteo y se dispuso a obedecer.

Cuando Lombroso volvió al cuarto de estar, el teniente ordenaba sus notas. Su equipo había terminado el trabajo. El médico forense y el representante del fiscal conversaban ante la ventana.

—Hay un bar al otro lado de la calle —dijo Lombroso a O'Connor

—. Le invito a una cerveza. Necesito un informe para el capitán Blyss.

El teniente le miró con sorna.

—Ha podido ver y oír lo mismo que yo. Redacte el informe.

—¿Acepta o no la cerveza?

—¡Pritchard! —Uno de los hombres de la Brigada volvió la cabeza—. Nos veremos en el Departamento dentro de media hora.

Líquidelo todo aquí. —

O'Connor

echó a andar hacia la salida—. No bebo cerveza, pero acepto un café.

Lombroso le retuvo por un brazo en el vestíbulo.

—Un momento.

Su mirada se había fijado en el sombrero negro depositado sobre una silla. Tuvo conciencia de haberlo visto antes, pero sólo de haberlo visto de una manera mecánica.

Oyó reír sordamente a

O'Connor.

—El príncipe de los detectives. Ese sombrero no es de Turner: le sobran dos números en la medida y lleva en la badana las iniciales L y G. Ha sido adquirido en una sombrerería de la calle Sesenta Este. ¿Le gusta el descubrimiento a Blyss?

—Hum —gruñó Lombroso.

El teniente se quitó de encima a los reporteros del pasillo gritándoles que los reuniría una hora después en su despacho. Resistió impertérrito su acoso mientras subía la cabina del ascensor. Luego entró con Lombroso en la cabina y les cerró la puerta en las narices.

—El sombrero pertenece, ¿no?, al pájaro que escapó a espaldas de la muchacha. —

O'Connor

recogió el hilo de sus propios pensamientos—. Al asesino, diría yo. Una pista servida en bandeja, a poco que el sombrerero de la Calle Setenta nos eche una mano.

—Hum —repitió el detective.

O'Connor

le miró de reojo.

—¿No?

—Conforme en que el hombre olvidara el sombrero en su fuga. Pero hay apenas una probabilidad contra mil de que el sombrerero sepa a quién se lo vendió y conozca sus señas, a no ser que se trate de un cliente habitual.

—Lo será. Yo siempre espero lo mejor.

Salieron a la calle. El bar estaba enfrente. Pidieron la cerveza y el café.

—¿Usted ha visto trabajar a los muchachos del laboratorio? —El teniente inspeccionó su colilla, dudó entre tirarla y conservarla, y concluyó poniéndosela de nuevo en la boca—. Deles un sombrero usado y unas cuantas horas de paz para operar. Le dirán acerca del dueño del sombrero tantas cosas como pueda usted saber de su hijo, si lo tiene. ¿Lo tiene?

—No.

—Yo tengo dos, chico y chica. Sobre la descripción de los muchachos del laboratorio pasaremos por un cedazo a los amigos de Turner, y el que más se aproxime, hala. ¿Usted habla idiomas?

—Italiano. Mis padres son italianos.

—Hago a mis chicos aprender francés: *oüí mesié, ne compran pa*, y todo eso. Cosa útil los idiomas.

El barman sirvió la cerveza y el café.

—¿Por qué estaba abierta la puerta del apartamento? —preguntó Lombroso.

El teniente asintió, pensativo.

—Usted tiene ideas. Tardías, pero las tiene. Me he exprimido en vano los sesos: en esa puerta abierta hay una anomalía. ¿Cree que la periodista dominguera nos ha ocultado algo?

—Ella dice que no.

O'Connor rió por lo bajo.

—Bueno, los hechos parecen darle la razón, excepto en lo de la puerta. Dodge Turner era un escritor de medio pelo, crítico y ensayista como hay muchos, que de pronto consiguió éxito con una novela difamatoria. Esta mañana, alrededor de las once, alguien le ha pegado un tiro casi a bocajarro con un 32 silencioso; alguien que usa sombrero negro y tiene la cabeza grande. El asesino estaba oculto en el cuarto de trabajo de Turner cuando Nancy Collins ha llamado. Estaba allí registrando el escritorio, cuyos cajones ha descerrajado. Se ha llevado todos, absolutamente todos los documentos personales de su víctima: no queda ni uno en el apartamento; incluso la cartera que había en el bolsillo interior de uno de los trajes ha sido vaciada. Aprovechándose del susto de la muchacha al ver el cadáver, el intruso ha emprendido la fuga. —El teniente se sacó el cigarro de la boca para chupar un poco de café—. Ahí tiene su informe. Por el precio de este brebaje, hay materia de sobra.

—¿Huellas?

—Confuso todo.

—¿Ninguna observación especial?

—Nada:

—¿Y el registro?

—Inocente. Papelotes y papelotes, libros, un mareo. ¿Qué esperaba? ¿Más sombreros negros?

—Usted sabe en qué mundo se movía Turner, según la Collins —dijo lentamente Lombroso—. Jazz. Conozco este distrito y su ambiente. Todo se pudre en cuanto se pone el sol. Dodge Turner era el sujeto apropiado para consumir drogas, y de diez crímenes, ocho tienen la solución por ahí.

—Deseche la idea. No había el menor rastro. El médico no ha aludido a ello tampoco. Quizá alcohol, pero no drogas. ¿Usted conocía a Turner?

—No.

—Entonces, lo de que era el sujeto apropiado para consumir drogas, ¿qué?

—Impresión personal. He conocido a otros de su estilo... ¡Ese mobiliario pasado de moda! ¡Esa penumbra y esa atmósfera densa! ¡El batín negro! ¡Libros! ¡Vida solitaria! ¿Sabe usted lo que alberga la mente de un hombre de la edad de Turner que vive solo, y al propio tiempo, inmerso en el mundo ponzoñoso del *jazz*?

—Muchas veces no alberga nada de particular.

—Pero muchas más alberga toda clase de perversiones.

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y dos.

—Demasiado viejo para mostrarse impresionable. La vida no es tan angosta como la vemos los policías. ¿Perversiones? Bueno, y no perversiones. De todo hay.

—¿Ha dicho impresionable? —inquirió el detective.

—Sí.

—Sentimental es la palabra. Por mi sangre italiana, ¿entiende?

O'Connor

rió y apuró su café.

—Un cuerno. Explíqueme a Blyss cómo están las cosas. No es asunto del precinto, pero si quiere seguir las pesquisas, que me llame al Departamento. Tengo que marcharme.

—*Okay* —dijo Lombroso.

Llamó por teléfono al precinto y dio su escueto informe verbalmente.

—¿Cómo era Turner? —le replicó el capitán—. ¿Qué clase de pájaro? ¿Cómo vivía? ¿Qué lugares frecuentaba? ¿Cuáles eran sus amigos? ¿Qué pensaba de las mujeres? ¿Por quién votaba? ¿Sabe usted si le sudaban los pies? ¿Sabe si le gustaban las flores? ¿Qué demonio sabe de él, Lombroso?

—Nada.

—Buen trabajo.

Lombroso cortó la comunicación.

CAPÍTULO III

La empresa editora se titulaba Compañía de Publicaciones Hoover. Figuraba así en la cuarta página del libro. Unas señas de la Quinta Avenida. George T. Hoover jr., presidente; Joan Willard y Albert P. Hoover, vicepresidentes.

Las oficinas estaban en el piso duodécimo. Un edificio moderno, con aire acondicionado, lujoso en su sencillez. Buenos ascensores.

Lombroso dijo a la muchacha encargada de la recepción que deseaba ver al señor Hoover, y mostró su credencial de policía. No le preguntaron a qué señor Hoover, pero una empleada de edad madura le condujo a un despacho cuya puerta ostentaba el rótulo:

ALBERT P. HOOVER

Vicepresidente

Privado

Las palabras estaban dispuestas en forma de semicírculo.

Albert P. Hoover debía de tener cuarenta y cinco años y pesar sobre los ochenta y cinco kilos, lo cual, para una estatura inferior a la de Lombroso, era un peso considerable. No obstante, llevaba la grasa bien. Sus gafas le daban un aire inteligente.

—¿Es por Turner? —preguntó enseguida. Y añadió—: Siéntese, se lo ruego. Lo traen las primeras ediciones de la tarde. Me encuentra usted totalmente desconcertado. No sé aún si es una buena o una mala noticia.

Lombroso se sentó en un sillón de tapicería plastificada.

—Es buena —dijo. Hoover no pareció notar su sarcasmo—. Publicidad gratuita. El libro se venderá ahora por centenares de miles.

—Pero no habrá más libros. El negocio, ¿me comprende?, está tanto en la obra como en el autor. Turner iba por buen camino sin necesidad de esto: dos ediciones en menos de tres semanas. Yo hubiera apostado a todo o nada por su nueva novela, con tal que

apareciese antes de un año. Un éxito no interesa. Es la cadena lo que importa.

Lombroso miró al editor de hito en hito.

—¿Usted no apreciaba a Turner?

—Todo lo contrario. Le apreciaba mucho.

—Me refiero como ser humano, no como mercancía.

Súbitamente, Hoover se ruborizó.

—Discúlpeme. No soy un monstruo. Lamento...

—Está bien.

—¿Qué quiere usted? —El editor alzó sus rollizos hombros—. El cochino dinero. Uno va viéndolo todo a través de billetes a medida que transcurren los años; todo, hasta la amistad, el amor, la vida o la muerte... De repente, es tarde para volver atrás. ¿Decía usted de Turner?

—Un hombre muerto no habla de sí mismo. Quiero saber de Dodge Turner cuanto sea posible; de él como persona. Ignoro quiénes eran sus amigos, por ello vengo a pedirle ayuda a usted.

Hoover arrugó el entrecejo.

—Pero yo no tenía con Turner relación personal. Había puesto los pies tres veces en esta casa, y cada vez hablando como veinte o treinta minutos. No es mucho para conocer a un hombre.

—¿En tres conversaciones de media hora con el autor se despacha un éxito literario?

—El resto de las veces hablé con su secretaria.

—De modo que tenía una secretaria.

—¿Por qué no?

Lombroso hizo un vago ademán.

—No se me había ocurrido. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con ella?

El editor movió una clavija del interfono y reclamó la presencia de alguien a quien llamó «señorita Madden».

Era la empleada de edad madura. Entró y se quedó mirando interrogativamente a su jefe.

—Usted me ha comunicado algunas veces con la secretaria del señor Turner —dijo Hoover—. ¿Tiene sus señas?

—Su número de teléfono —la empleada titubeó—. Pero no era su secretaria, señor Hoover. Era su agente.

—Lo mismo da. ¿Quiere traer ese número?

La empleada se retiró. Volvió casi al instante, con el número anotado en un papel. Dio el papel al editor y éste lo pasó a Lombroso.

El detective se puso en pie.

—Gracias.

—Celebro haberle servido de algo —dijo Hoover, sin convicción.

Lombroso pensó que podía haberle servido de mucho más, caso de ser un hombre pobre. Pero era rico. ¿Quién le recriminaba? Bastante pena tenía siéndolo.

Marcó el número en un teléfono público.

—Deseo hablar con el agente de Dodge Turner.

Una voz de mujer preguntó precavidamente:

—¿Quién es usted? ¿De qué asunto se trata?

—Agente detective Lombroso.

Hubo una pausa.

—¡Oh, un policía! —El suspiro de la mujer fue audible—. Muy bien, hable de lo que sea.

—¿Ha leído los periódicos de la tarde?

—No.

No los había leído. Posiblemente no sabía nada.

—Tengo que verla inmediatamente. Deme esas señas, las del lugar donde está.

—Ochocientos catorce, calle Cuarenta Oeste. ¿Qué ocurre?

—Se lo contaré enseguida.

Lombroso perdió casi diez minutos en la desesperante búsqueda de un taxi. Cuando llegó a la dirección indicada se halló ante un vasto bloque de oficinas.

Preguntó al conserje:

—¿La agencia literaria?

Estaba en el despacho 336: «B. K. Jefferson. Agente literario».

A la mujer que abrió la puerta era difícil de calcularle la edad.

Lombroso la contempló unos segundos con deleite. Luego, inquirió:

—¿Es usted B. K. Jefferson?

—¿Y usted?

—Llamé antes por teléfono. Policía.

Ella no le franqueó el paso.

—¿Me permite su credencial?

El la exhibió en la palma de la mano.

—¿Satisfecha?

Sin decir palabra, la mujer le invitó a entrar con un ademán. Cerró la puerta.

B. K. Jefferson se sentó con desenvoltura en un ángulo de su escritorio, cogió un cigarrillo y lo encendió. El detective vio a un palmo del estuche de cigarrillos un periódico de la tarde.

—¿Lo ha leído ya?

—Me ha picado la curiosidad su llamada —asintió ella—. Qué terrible... Tendrá que disculparme si estoy un poco nerviosa.

—¿Y bien?

—Es grotesco. No se mata a un hombre por el hecho de haber escrito un libro más o menos intencionado. Es una reacción de animal de la selva.

—De modo que usted cree que le ha matado, por decirlo así, algunos de los personajes de su obra.

La mujer expelió dos chorros de humo por la nariz.

—No sé qué pensar. Yo juzgo únicamente por el aspecto del Turner que conozco. Claro, está toda su vida detrás, su pasado, años y años... El asesino puede haber venido de allí, no lo niego.

—Pero su primera reacción ha sido atribuir el crimen a una de las personas que se consideran difamadas por la novela.

—Sí. Sé que algunas han perdido los estribos, y no son tipos a quienes un asesinato cause excesiva repugnancia.

Lombroso sacó del bolsillo el ejemplar de *En la cálida sombra*. Tomó asiento y abrió el libro al azar.

—He hojeado esto mientras almorzaba —dijo—. Me parece reconocer, en un personaje llamado Christie, a Vincent Parker, empresario del Lullaby Club, de Harlem; en Lydia, a la cantante Alma Reading; en Lincoln, al pianista negro Crazy Joe Joyce. De otros no estoy tan seguro. Pero es el caso que, a mi entender, Turner ha hecho justicia a todos ellos. Soy policía, conozco a esa gente y sé de lo que hablo. No son mejores ni menos depravados y miserables de lo que aparecen en la novela.

—¿Eso qué importa? Uno puede ser un ladrón y no gustarle que se diga en letras de molde.

—Dos de los interesados se han querellado contra Turner. ¿Quiénes son?

—Vincent Parker y Larry Goldman. Goldman figura con el nombre de Herman, un compositor.

Lombroso volvió unas páginas del libro. Las iniciales de aquel nombre bailaban en su mente: L.

G. Las

había visto prendidas en la badana de un sombrero negro.

—No conozco a nadie llamado Goldman. ¿Puedo usar el teléfono?

—Naturalmente.

Tras marcar el número del Departamento Central, el detective pidió por

O'Connor,

en la Brigada de Homicidios.

—Sus amigos del laboratorio van a tener poco trabajo —le dijo—. El sombrero negro pertenece a Larry Goldman. Un músico. Compositor.

—Cinco minutos —replicó la voz burlona del teniente.

—¿Cómo?

—Hace cinco minutos he sabido que un tal Goldman y un tal Parker habían entablado esas querellas. ¿Sabe usted el resto?

—¿Qué resto?

—La querella de Goldman ha sido retirada por su abogado, esta mañana, a las diez; es decir, una hora antes de que Turner muriese.

—¿Eso qué significa?

—En principio, que Goldman renunciaba a litigar. Como si de antemano supiera, ¿no?, que le iba a resultar innecesario.

—¿Ha interrogado usted a ese individuo?

—Acabo de enviar en su busca.

—¿Tiene inconveniente en esperarme? Me gustaría estar presente.

—Conforme.

Lombroso encontró los inteligentes ojos de la Jefferson fijos en los suyos. Colgó el teléfono y se arrellanó en un sillón.

—Ahora, hágame de Turner. Carácter, costumbres, talento, amigos, mujeres... Doy a su criterio la mayor importancia.

—¿Qué sabe de él?

—Absolutamente nada, y me interesa todo.

—De su talento no hay mucho que decir: no le hubieran sentado

mal unos gramos extra; pero hasta los burros tocan alguna vez la flauta. Le soy franca, inspector. Mi agencia nunca ha tenido grandes personalidades por clientes. Todo medianía. Probablemente la novela de Turner haya sido mi mejor golpe, y ya ve lo que ha pasado.

—Hoover, el editor —dijo lentamente Lombroso—, se ha referido a Turner como quien pondera una mercancía, no un ser humano. Esperaba otra cosa de usted.

La Jefferson pestañeó.

—Referirse a Turner como a una mercancía, quizá sea un rasgo de caridad. He tratado directamente con él seis años, y cuatro más indirectamente, a través de mi marido. Sin embargo, poco puedo decir en su favor si le pondero como ser humano.

—¿Es que a nadie va a dolerle su muerte?

—¡Oh, por supuesto que sí! —El tono de la mujer era desdeñoso—. Sally Lee estará desolada, y Dick Buchanan. ¡Sus grandes amigos! Sally no perderá ocasión de hacer una escena.

—¿Sally Lee? ¿Se refiere a la muchacha mulata que canta con Crazy Joe Joyce?

—La misma.

—¿Quién es Buchanan?

—La fuente de casi todas las ideas de Turner, su cicerone, su guía, su mentor. Un *snoob* roído por el dinero y la pereza.

—¿Usted ha conocido bien a Turner?

—Demasiado bien. Hace diez años vino de Europa, donde se había quedado cuando lo desmovilizaron. Aquí le aguardaba la herencia de su tía Nathalie Turner. Estaba solo, no tenía padres ni hermanos. Tomó posesión de la herencia de su tía, del departamento de su tía, y se empeñó en ser escritor. Mi marido dirigía entonces esta agencia. Turner vino con la pretensión de que le representara y se ocupase de colocar sus porquerías. La verdad, inspector, tratándose de otro, mi marido se habría negado; pero Turner dio a entender que el dinero a ganar le importaba poco, y aceptó. Yo sucedí a mi marido después de su muerte, seis años atrás. Durante diez, Turner ha estado escribiendo y viviendo de sus rentas; cinco libros y centenares de artículos, todos ellos naufragados en el océano de la vulgaridad; duran te diez años, primero mi marido, luego yo, hemos colocado su producción y

cobrado nuestras comisiones. De pronto, *En la cálida sombra*. Vi enseguida sus posibilidades y puse a Turner en contacto con los Hoover. Todos hemos hecho, y haremos aún los que quedamos vivos, un buen negocio.

—De su relato se desprende que, sin la herencia de esa tía, Turner nunca hubiera llegado a escritor, porque el hambre le habría matado antes. Su trabajo no daba para vivir.

—Por lo menos, no para vivir como él vivía. Y sería curioso averiguar la parte de Buchanan que hay en su novela... Dodge Turner era tonto, pero Buchanan posee una inteligencia aguda, torcida, maligna, y le gusta jugar a marionetas con los seres humanos. *En la cálida sombra* tiene todo el aspecto de una tremenda broma suya, de la que ha sido víctima incluso Turner. A juzgar por el miedo y la sorpresa que a éste le producían los comentarios de la crítica y las reacciones de los presuntos calumniados, se hubiera creído que no sabía lo que había hecho.

—¿Está segura de eso?

—Es una impresión personal. Estoy segura por cuanto conozco a Buchanan y Turner.

—¿Turner era soltero?

—Sí.

—¿Qué tal le iba con las mujeres?

—Ni bien ni mal.

—¿Sally Lee?

—Sally Lee tiene el cerebro del tamaño de una hormiga y los sueños del tamaño de un elefante. Sospecho que admiraba a Turner, aunque ignoro si había alguna relación sentimental entre ellos.

—Pero ¿qué pasaba? ¿Salían juntos, o qué?

—Sí, se les veía juntos con frecuencia. Casi siempre en compañía de Dick Buchanan. Sally es o ha sido, en cierto modo, una protegida de Buchanan.

—¿Qué le dicen a éste las mujeres?

—¿Qué le dicen a una babosa? ¿Lo sabe usted?

Lombroso consultó su reloj.

—No lo sé. ¿Es también soltero?

—Sí.

—Pero protegía a esa mulata.

—Un aficionado a las marionetas necesita marionetas para

divertirse. Cuesta poco hacer bailar a Sally al extremo de un hilo.

El detective se alzó del asiento.

—Veré a Buchanan en cuanto pueda. ¿Dónde hay que buscarle?

—Vive en la Cuarta Avenida; encontrará sus señas completas en la guía telefónica. Frecuenta el Club Internacional de Bridge. Está loco por el *jazz* progresivo. Tropezará con él allí donde actúen Tristano, Jerry Mulligan, cualquier músico blanco.

Lombroso, en pie, consultó de nuevo el reloj. Pensó en el teniente

O'Connor

y en el interrogatorio de Larry Goldman.

—¿Turner era un hombre distraído?

La Jefferson le miró con curiosidad.

—Era extremadamente metódico: es la virtud típica de los mediocres. ¿Por qué?

—¿Olvidaba cerrar la puerta cuando franqueaba la entrada de su apartamento a un visitante?

—¿Cómo quiere que yo sepa eso?

—Reflexione. ¿Quién mataría a Turner para robarle los documentos?

—Usted me aturde, inspector. ¿Qué importan esos documentos? ¿Quiere decir que a Turner no lo han matado por lo que escribió en su novela, sino por otra razón mucho más oscura? Si es así...

—¿Qué?

—No niego la posibilidad, al contrario. Pero el asunto está entonces tan fuera de mi alcance que no me atrevo ni a pensar en ello. Háblele a Buchanan. Acaso él le ayudará.

CAPÍTULO IV

Larry Goldman era un judío gordito, de ojos inquietos, dientes grandes y manos muy cuidadas.

La actitud de
O'Connor,

sin embargo, no era amenazadora. Bien instalado detrás de su escritorio, con una pierna por encima del brazo del sillón y un cigarro recién encendido en la boca, el teniente parecía a punto para una charla entre amigos.

Lombroso dijo:

—A mi modo de ver, la actitud de quién se considere perjudicado por el libro de Turner no admite términos medios: o quedarse en casa y cerrar el pico, o emprender una acción judicial y sostenerla hasta sus últimas consecuencias. Pero la acción judicial tiene el inconveniente de que Turner no contaba en su novela sino la verdad. Retrató a Crazy Joe Joyce como un degenerado, y es un degenerado; a Vincent Parker como un corruptor y un cocainómano, y es ambas cosas; a Alma Reading como una alcohólica y una perdida, y lo es. Ante los tribunales habrá que discutir todo esto. De Herman, el personaje que le representa a usted. —Lombroso se inclinó ligeramente hacia el judío—, dice Turner que carece de talento musical y vive en una estupenda combinación de plagio, chantaje y explotación de las mujeres. Yo a usted no le conozco, Goldman, y no puedo afirmar que la parte del libro que le atañe sea tan verídica como el resto. ¿Ha sido el miedo de que la basura de su vida saliera totalmente a luz lo que le ha inducido a retirar la querella?

Goldman se estremeció.

—No... no he venido aquí a que me insulten.

Hablaba para
O'Connor,

no para Lombroso. El teniente observó:

—Modere su lenguaje, agente. El señor Goldman no tenía miedo, ni hay basura en su vida. Simplemente, ha renunciado a querellarse porque la muerte de Turner hacía inútil gastar el dinero en litigios. ¿No es así, señor Goldman?

El judío le miró con estupor.

—¿Cómo dice?

—Digo que ha sido usted muy prudente; no sirve de nada pleitear contra un muerto. El revólver es más eficaz.

—¿El revólver? —Goldman se agitó en su asiento como si le pincharan—. ¿Se burla usted de mí? ¿Insinúa que cuando hice retirar la querella, yo sabía ya que Turner moriría asesinado?

—Claro que sí —replicó

O'Connor,

chupando plácidamente su cigarro—. ¿No iba a saberlo, si le ha matado usted mismo?

—¡Oiga!

—Estamos en confianza, señor Goldman: no debe haber secretos entre nosotros. Espero que corresponda a mi franqueza con la suya.

Lombroso rió sordamente.

—Temo, teniente, que el señor Goldman no penetre su sentido del humor.

—Hablo completamente en serio.

—¡Basta! —gritó el judío. Intentó levantarse. La mano del detective, apoyada en su hombro, se lo impidió y fue en vano que pretendiera desasirse. Comprendiendo súbitamente que el forcejeo le ponía en ridículo, recobró la inmovilidad. Estaba rojo de cólera—. Nunca he esperado nada bueno de la policía —añadió, con voz temblorosa—, pero esto es demasiado. Sigam, hagan su juego. Si hay justicia en este país, algún día les serán saldadas las cuentas.

—No antes que a usted —dijo el teniente. Su tono había pasado del sarcasmo a la hostilidad en un abrir y cerrar de ojos—. Esta mañana, a las once, ha visitado usted a Dodge Turner para vengarse del lodo que él le había echado encima. Previamente, porque era peligroso para su ya maltrecha reputación, y porque iba a ser inútil, había renunciado a la acción judicial. Fuera leyes: pólvora y balas. Turner le ha recibido en su apartamento. Breve conversación. Revólver. Todo acabado: el hombre que sabe demasiado anda ya

camino del infierno. Pero ¿qué pasa? Lllaman a la puerta. Un intruso. Usted advierte con horror que la puerta ha quedado abierta y que el intruso se dispone a entrar. Se oculta. Es una muchacha, una bella muchacha. Mientras ella contempla el cadáver, usted huye. ¡Ha habido suerte, a fin de cuentas! ¿De veras la ha habido, señor Goldman? Pues resulta que no. Resulta que al ruido de sus pasos, la muchacha se ha vuelto y le ha visto. Una parte del rostro de usted se ha reflejado un instante en el espejo de la consola del vestíbulo, y la muchacha, que es periodista, y por tanto está habituada a la observación, le ha descubierto con fidelidad fotográfica. Para colmo, ¿en qué pensaba usted, señor Goldman? La precipitación de la fuga le ha hecho olvidar sobre una silla el sombrero. ¿Por qué imagina que le he reclamado tan pronto? ¿Por casualidad?

Lombroso sabía que

O'Connor

mentía en lo referente a que Nancy Collins hubiera visto al hombre que huía, pero Goldman no podía saberlo. El judío palideció. No era sólo el tono violento del teniente lo que le había intimidado.

—Mi sombrero —susurró.

—Un olvido lamentable, ciertamente.

—No es posible. Yo... esta mañana...

—¿Tiene una coartada que abarque de las diez a las once?

Goldman se llevó a la boca las temblorosas manos.

—¡Déjenme reflexionar! —imploró.

Hubo un silencio. La mirada de Lombroso encontró la del teniente, y éste le hizo un signo de complicidad. El pequeño irlandés, tan firme en su aplomo, parecía hallar sumamente divertida la situación.

Pero para Goldman no era divertida.

—Yo no he matado a Turner —dijo de pronto, con voz ahogada—. Admito que estuve allí, pero no le he inalado.

Semejó que dentro de

O'Connor

se disparase un muelle.

—¡Admite que estuvo allí! —exclamó. Abandonó de un salto su puesto detrás del escritorio, apartó a Lombroso sin miramientos y se enfrentó directamente con el judío, aproximando su cara a la de

éste—. ¿Qué otro remedio le queda, imbécil, sino admitirlo? ¡Y no ha matado a Turner! ¡Un cuerno, Goldman!

—¡No le he matado! ¡Estaba ya muerto al entrar yo!

El teniente se echó a reír en sus narices.

—¿De muerte natural?

—Espere —jadeó el judío, descompuesto. La agresividad del teniente y sus gritos le arruinaban la moral—. Espere, déjeme tranquilo un minuto y se lo explicaré todo. ¡Un minuto!

O'Connor se enderezó y consultó ostensiblemente su reloj.

—Vamos.

—Eran cerca de las once... Menos cinco, o menos diez. —Goldman expulsaba las palabras como si cada una le produjera dolor—. He ido a ver a Turner, conforme habíamos acordado anoche. Estaba la puerta abierta. He entrado y le he visto. Me he quedado... helado. Antes de que pudiera reaccionar, han llamado. He corrido instintivamente a ocultarme... ¡Qué situación! —El israelita sacó del bolsillo un pañuelo y se restañó el sudor de la frente—. Era la chica. No he pensado sino en escapar. Hasta mucho después no me he dado cuenta de la cantidad de insensateces que he cometido.

—¿Eso es todo?

—Todo.

—¿Con qué objeto visitaba a Turner?

Goldman tomó aliento.

—Ayer llegamos a una componenda amistosa. Convinimos en que yo renunciaría a la querella. Debía visitarle a las once menos cuarto para ultimar detalles.

—¿Sin abogados?

—Sin abogados. Turner y yo nos conocíamos hace años. Durante cierto tiempo fuimos casi amigos. Me dio una satisfacción y le perdoné.

—¿Una satisfacción en dinero?

El judío ocultó las manos entre sus piernas.

—No. Fue una reconciliación... quiero decir... Bueno, una reconciliación. Turner era, en el fondo, un hombre excelente. Yo...

—Está mintiendo —intervino súbitamente Lombroso.

—De sobra lo veo —asintió el teniente. No le dijo nada a Goldman. Retrocedió hasta el escritorio y descolgó el teléfono—.

Póngame con Adams —ordenó. Y enseguida—: Adams, procúrese inmediatamente un mandamiento judicial y registre a fondo el domicilio de Goldman. Sí, el mismo. Ya conoce sus señas... ¿Cómo? Dos cosas: un revólver calibre 32 y los documentos personales de Dodge Turner... Dodge Turner, sí. No se presente a mí sin haberlos encontrado.

Colgó. Había en sus labios una sonrisa desdeñosa.

El israelita semejó encogerse, deshincharse. Se hundió en el sillón. Los ojos que alzó a

O'Connor

eran como los de un conejo acorralado.

—No perdamos tiempo porque sí —articuló—. Los papeles están en el cajón de mi mesilla de noche.

O'Connor

rió.

—Qué idiota... ¿Ha decidido rendirse?

—Yo no he matado a Turner. —Goldman sacudió la cabeza—. ¡Oh, condenación, terminemos de una vez! Fui allí con intención de recobrar... de recoger... Era la condición, ¿entiende? El estaba muerto. Lo registré todo. Iba a marcharme cuando llegó la chica. Si me veía allí, pensaría... ¿No puede usted comprender las cosas?

—No esa clase de cosas. ¿Para qué quería los papeles de Turner?

—No eran sus papeles. Es decir, lo que yo buscaba estaba mezclado con sus papeles. Me lo llevé todo, no tuve tiempo de seleccionar.

—Continúo sin entender una palabra.

Goldman cerró la boca y apretó los labios. Por fin, dijo:

—¡Está bien, entérese! Turner me obligó ayer a renunciar a mi querrela. Disponía de un medio para obligarme. No tuve más remedio que acceder. Convinimos en que, una vez suspendida la acción judicial, me entregaría los... las... bueno, su instrumento, a cambio de una declaración mía, legalizada, como garantía de que no volvería a querellarme. Esto había de realizarse esta mañana, a las once menos cuarto. Me tenía cogido, ¡cerdo, canalla asqueroso! Pero le encontré muerto. Tomé lo que era mío y escapé, ¡y le juro que no he sido yo quien le ha matado! ¡Por cobardía, pero no he sido yo!

Al teniente se le había apagado el cigarro. Parecía hallar

idéntico placer mascándolo que fumándolo.

—¿De modo que Turner le hizo víctima de un chantaje?

—¿No lo entiende aún?

—Estupendamente. ¿De qué se valió para ello?

—No le importa. He podido, por fortuna, recobrarlo, y ya no existe. Lo he destruido.

—¿Qué hay de la declaración que debía entregarle a Turner?

—La he destruido también.

—¿Está el revólver junto a los papeles?

Goldman dio un respingo.

—¿Eh?

La pregunta, lanzada por

O'Connor

sin transición, sin cambiar de tono, le había sobresaltado.

—El revólver que ha matado a Turner —aclaró el teniente, con burlona frialdad—. ¿O ha sido igualmente destruido?

—¡No empecemos de nuevo! —suplicó el judío.

O'Connor

se encogió de hombros y señaló el teléfono.

—No empezamos, Goldman: esto es el final. Llame a su abogado. Dígame que desde este momento está usted detenido bajo acusación de asesinato. Para cuando él llegue aquí, yo tendré ya firmada la orden de detención. Puede preparar su *habeas corpus*; puede preparar lo que guste. No conseguirá frenarme.

Goldman le miró incrédulo, paralizado por el terror.

El teniente le volvió la espalda y se ocupó en dar lumbre a su cigarro. Luego, cuando el israelita reaccionó y se precipitó al teléfono, Lombroso avanzó unos pasos para escrutar la cara de O'Connor.

Halló en sus ojos audaces y burlones una expresión de triunfo.

—Conozco su secreto —dijo.

El irlandés expelió una bocanada de humo.

—¿Cuál?

—Él que le ha convertido en oficial de la Brigada. Consiste en saberlo todo, prevenirlo todo, adivinarlo todo o hacerlo todo cinco minutos antes que los demás. Los demás somos simples detectives de barrio sin perspectivas de ascenso. Procuraré aprender esa lección.

—Habla en serio, naturalmente.

—Completamente en serio. Como usted.

O'Connor

prestó oído un momento a las atropelladas explicaciones que por teléfono estaba dando Goldman. Examinaba al propio tiempo su chupado y mascado cigarro. Si por un momento pareció indeciso, se sobrepuso a su indecisión rápidamente.

—*Okay* —palmeó el brazo del detective—. Al salir, diga ahí fuera que recibiré a los periodistas dentro de quince minutos. Llévele la noticia y mi saludo a Blyss. Estará satisfecho, supongo.

—Desbordante de satisfacción —replicó Lombroso.

Lanzó una última mirada al rostro descompuesto, lívido y sudoroso de Larry Goldman, y abandonó el despacho.

Llamó al precinto desde un bar; utilizaba los teléfonos públicos siempre que le era posible, porque ello le hacía sentirse independiente. Pidió conexión con el capitán Blyss.

—

O'Connor

ha dado un brillante paso más hacia la cumbre de su carrera —le dijo—. Tiene resuelto el caso y al culpable entre sus garras. Se llama Goldman. Un músico israelita. Turner le hacía víctima de un chantaje, y él lo despachó al infierno.

—Regrese enseguida. Quiero detalles.

No puedo regresar.

—¿Qué le pasa?

—

O'Connor

tiene resuelto el caso, pero yo no. Yo no he resuelto nada. Mi culpable anda suelto todavía.

—¡Lombroso, cuidado con sus genialidades!

—¿Es usted dado a prejuicios raciales, capitán?

—¿A qué viene eso?

—A propósito de

O'Connor.

Le hubiera gustado verle: es irlandés, y Goldman judío. Apuesto a que no se le han borrado del subconsciente las pedreas que, siendo un mocosito, sostenía contra los mocosos hebreos por las calles del distrito octavo.

—El teniente

O'Connor

es un hombre inteligente y un buen oficial. No actúa guiándose por prejuicios estúpidos.

—Respeto las opiniones ajenas sin abandonar las mías.

—O sea, ¿que no regresa al precinto? ¿Ni aunque yo se lo ordene?

—Usted me conoce, capitán. No me ordenará tal cosa.

Se oyó la risa metálica de Blyss.

—Conforme, adelante. Aquí, a fin de cuentas, no haría más que estorbar. Espero recibir algún día noticias tuyas.

Lombroso colgó el aparato, cargó con la guía telefónica y fue con ella a pedir una cerveza en el mostrador. Consultó el tomo mientras chupaba la bebida: Buchanan... La Jefferson le había llamado Dick, o sea, Richard. Había más de un Richard Buchanan.

Hizo un par de llamadas de exploración, y la tercera le dio resultado. Lina voz de acento latino le informó:

—El señor Buchanan es, ciertamente, socio del Club internacional de Bridge y un distinguido aficionado al *jazz*. ¿Se trata de un truco nuevo para sacarle dinero a la gente?

—Se trata de la Policía Metropolitana. ¿Dónde encontraré al señor Buchanan?

La mención de la policía no había impresionado al dueño de la voz.

—Aquí. Pero está en cama, enfermo. Dudo que pueda recibirle.

—Averígüelo.

La averiguación requirió unos minutos.

—Venga usted —dijo la voz.

Lombroso fue.

CAPÍTULO V

El dueño de la voz con acento latino resultó ser un criado portorriqueño. Pequeño, robusto como un gorila, con la tez amarillenta de los mestizos y unos ojos duros y escrutadores, vestía una chaquetilla blanca y unos pantalones también blancos, impecables.

—Por aquí, señor —dijo, cuando Lombroso se dio a conocer.

La habitación de Buchanan se abría a la terraza, entre plantas y flores. La bañaba el sol de la tarde. El color de sus paredes descansaba la vista.

Sonaba una música fría y disonante que hizo sonreír al detective. La reproducción era tan fiel, tan perfecta, que se hubiera dicho interpretada allí mismo. Un piano conducía en aquel momento el tema.

Buchanan estaba en cama: una cama ancha y baja, del llamado estilo Hollywood. Apoyaba la espalda en una gran almohada. Vestía un pijama blanco. Tenía un rostro largo y descarnado, profundamente marcadas las comisuras de la boca; ojos de pescado, húmedos, inhumanos, remotos; una ligera calvicie, que hacía su frente más despejada.

Levantó una mano, como para pedir silencio, cuando Lombroso entró.

—Tristano —dijo en un susurro.

El detective prestó atención a la música. *Sweet Georgia Brown*, un antiguo tema, un eterno tema, tratado a la manera nueva. Los dedos de Tristano arrancaban de las teclas un entramado atonal que parecía girar en ondas infinitas. Lombroso casi podía ver aquellos dedos golpeando los blancos y negros dientes de marfil, tan viva era la impresión de realidad.

Permaneció inmóvil hasta que el número terminó, y entonces dijo:

—Tristano el año cincuenta y seis. Con él es siempre preciso fijar la fecha.

Los ojos de pescado se llenaron de un súbito fulgor.

—Siéntese. ¿Usted se llama?

—Nick Lombroso.

—Dodge decía siempre que en Tristano ha empezado la música del futuro. Admiraba a Tristano. Estoy escuchando a Tristano desde que he sabido la noticia.

—¿Cómo la ha sabido?

—Por teléfono. He comprado algunos periódicos inmediatamente, pero apenas dicen... Es horrible. No me atrevo a moverme de aquí.

—¿Por qué?

—Peligro de hemorragia. Y sin embargo... el pobre Dodge...

—¿Está usted herido?

Buchanan movió negativamente la cabeza.

—Mi estómago, un recuerdo de la guerra. Me han operado dos veces, y la tercera es ya imposible. Sufro algunas crisis al año. Ésta es una. Como un desgarrón en las entrañas... He tenido que meterme en cama. Reposo absoluto.

Su voz de barítono sonaba de una manera suave, educada, que invitaba a escuchar.

—He venido a hablarle de Dodge Turner, como habrá supuesto —dijo el detective—. Usted era su mejor... casi su único amigo. El teniente

O'Connor,

de la Brigada de Homicidios, culpa del asesinato a Larry Goldman. Me gustaría conocer su opinión.

—¿Culpan a Goldman? —Buchanan denotó una ligera sorpresa—. ¿Por qué precisamente a ese desdichado?

Atento a lo que pudiera expresar su rostro, Lombroso expuso los fundamentos de la acusación contra el israelita. Pero el rostro del enfermo no expresó sino interés.

El detective concluyó:

—¿Es cierto que Turner sometía a Goldman a un chantaje?

Buchanan cerró un momento los ojos.

—Usted presenta las cosas de modo especial. ¡Chantaje! ¡Qué extraña palabra! Dodge había escrito un libro valiente, en el que

arremetía contra los fantoches del *jazz*, contra los parásitos, contra los hipócritas, e incluso contra los criminales; libro digno de un hombre honrado, de un crítico concienzudo y de un amante de la pureza de la música. Naturalmente, esperaba la reacción de esas sabandijas, y tomó sus precauciones. No acusaba al azar. Tenía pruebas. Podía cerrarles a todos la boca. No sé hasta qué punto es eso chantaje.

—El deber de Turner era poner las pruebas en manos de la policía.

—¿Usted cree? —Buchanan sonrió débilmente—. El deber de un artista no siempre coincide con el de un ciudadano vulgar.

—¿Turner era un artista?

—Sí.

—¿Tenía talento?

—Indiscutiblemente.

—¿De verdad, señor Buchanan? No hace mucho me han dicho que todo el talento que hay en su novela procede de usted.

—¿Quién se lo ha dicho?

—La señora Jefferson.

—Es de suponer. Bertha Jefferson odiaba a Dodge. Ignoro si es regla general que los vampiros odien a aquel de quien chupan la sangre, pero en este caso ocurría así. ¿Le ha dicho ella también que durante años ha intentado sin éxito pescar a Dodge? ¿Le ha dicho hasta qué punto ha sido su parásito?

—¿Pescar a Turner? ¿Quiere decir casarse?

—Sí. Estaba loca por Dodge. No titubeó en ponerse en ridículo, en rebajarse, ni en... Bueno, no se detuvo ante nada. Es una mujer ávida, codiciosa y violenta como una leona, incapaz, y esto es lo lamentable, de dominar la fuerza de su propio temperamento. Durante algún tiempo, Dodge se sintió atraído. Bertha puede atraer... Pero luego sus sentimientos tomaron otro rumbo. —Buchanan entornó los párpados para, entre ellos, lanzar al detective una mirada centelleante—. Usted no me cree —añadió—, porque ha hablado ya con ella y está predispuesto contra Dodge, y acaso también contra mí. Pregunte a quien quiera. La persecución de que Bertha Jefferson hizo objeto a Dodge es del dominio público. El resentimiento que luego concibió hacia él también lo es.

Lombroso recordó lo que la mujer le había dicho de Turner y el

cocotero; recordó su alusión a lo que en Turner había de simple fachada. ¿Resentimiento? Posiblemente. Una mujer, una leona desdeñada.

—Sin embargo, ella ha seguido siendo su agente.

—¡Y cómo no! Su agente, o su parásito. Dodge no le daba importancia al dinero. Tuvo, cuando empezó a escribir, la desdicha de caer en las garras de Kenneth Jefferson, el marido de Bertha, que dirigía la agencia tambaleándose al borde de la ruina. Jefferson era especialista en exprimir a los incautos noveles que se ponían en sus manos; tenía ojo clínico: se abrazaba a ellos como un pulpo si juzgaba que iban a hacer carrera. Halló en Dodge la presa ideal, y le amarró. La mayor parte de lo que Dodge ha ganado con su pluma sirvió, primero, para pagarle a Kenneth sus borracheras, hasta que reventó de una cirrosis, y ha servido después para pagarle a Bertha sus lujos.

—¿Usted conoce a Larry Goldman? —inquirió Lombroso.

—Sí, muy bien.

—¿Le cree el asesino de Turner?

Buchanan movió sus flacas y expresivas manos.

—No se puede decir de un hombre si es o no un asesino. Por mucho que uno le conozca, jamás llega a la zona de su espíritu donde yacen los impulsos del bien y del mal. Pero ante lo que usted me ha relatado, evidentemente, Goldman puede haber matado a Dodge.

—¿Dice eso de corazón?

Hubo un silencio.

—Considero a Goldman desprovisto incluso de la grandeza necesaria para matar en las circunstancias en que el parece haberlo hecho —replicó lentamente Buchanan—. Es demasiado cobarde. Mejor le veo plegándose a cualquier exigencia, negociando, transigiendo...

—Usted le ve como un judío.

—Quizá. Al fin y al cabo, lo es: transigió. Yo mismo actué de mediador en su acuerdo con Dodge.

—¿Usted? —preguntó Lombroso, sorprendido.

—¿Por qué no? Era amigo de ambos. Me resultaba muy desagradable la situación.

—De modo que Goldman ha dicho la verdad: se había

reconciliado con Turner e iba a su casa para cumplir los términos del convenio.

—Evidentemente.

—En esas circunstancias, cuesta imaginar que se decidiera por el asesinato. A no ser que Turner opusiera obstáculos... que surgiera un imprevisto...

Buchanan sonrió.

—¿Por qué no se atiende a la hipótesis más sencilla?

—La hipótesis más sencilla es que él mató a Turner. —El detective miró fijamente al enfermo—. Puesto que actuó usted de mediador en la disputa —añadió, recalcando las palabras—, debe saber de qué se valió Turner para presionar a Goldman, qué eran los papeles que éste se llevó de su apartamento.

Buchanan sostuvo su mirada.

—No, no lo sé. Y si lo supiera, probablemente no se lo diría. Sería causarle a Goldman, que es amigo mío, un daño inútil.

—Suponiendo que él no haya cometido el asesinato.

—Suponiéndolo, en efecto.

El detective se encogió de hombros.

—¿Y los demás? ¿Y Parker, Joyce, Alma Reading y el resto de personajes reales que aparecen en la obra?

—Parker tiene dinero, poder, influencia, confianza en sí mismo: su reacción sería llevar a Dodge ante los tribunales y proseguir impertérrito su camino saliera lo que saliese a luz. ¿Matar? Innecesario... En cuanto a los restantes, no tienen ni una reputación que defender. Se les puede, si no quiere, insultar impunemente: han caído ya demasiado bajo. Sé concretamente que Alma se vanagloria de que la hayan elevado a personaje de novela. No le importa la clase de personaje: juzgará su retrato siempre halagador.

—¿También Carry Joe Joyce piensa así?

—No creo que Joyce piense de ninguna manera —dijo Buchanan. Rió en un susurro, con cierta malignidad—. Simplemente, no piensa. Nunca ha pensado. Es todo instinto, como un animal. Un simio grande dotado de sensibilidad para la música. Toca el piano, selecciona las notas con los dedos por la misma oscura razón que induce a un chimpancé a seleccionar las bayas comestibles de los arbustos de la selva. Si tiene usted trato con músicos negros habrá conocido a otros como él.

—También le conozco a él.

—¿Y bien?

—Un degenerado.

Buchanan hizo una mueca.

—No exactamente, diría yo. Degenerar significa haber alcanzado cierta altura y descender de ella. Joyce está todavía subiendo. Jamás ha sido totalmente humano, y a mi juicio, jamás lo será.

—Ello le despojaría de prejuicios éticos a la hora de cometer un asesinato. No le descarta como sospechoso.

—¡Ah, por supuesto que no! Yo estaba refiriéndome solamente a su reacción frente al libro del pobre Dodge. Hay la cuestión de Sally Lee, por añadidura... ¿Le han hablado a usted de esto?

—Me han dicho que usted protege o protegía a Sally, y que ella tenía con Turner estrecha amistad. No me han aclarado —añadió Lombroso, intencionadamente— el significado de «protección», en su caso, y de «amistad» en el de Turner.

Buchanan se le quedó mirando con una lucecita en sus extrañas pupilas. Antes de que respondiera, alguien llamó a la puerta de la habitación con los nudillos. Entró el portorriqueño. Llevaba en una bandeja de plata un vaso lleno de un cierto líquido blanco.

—Mi medicina —suspiró Buchanan.

Cuando el portorriqueño se hubo retirado, preguntó:

—¿Qué pasa con Sally Lee?

Buchanan cerró los ojos y se recostó en las almohadas.

—Joyce está enamorado de ella. ¿Usted se da cuenta de lo que el amor es en un tipo como Joyce?

—Me doy cuenta de lo que usted pretende sugerirme que es. Sin embargo, Joyce es músico. El amor, en él, puede ser música. Grandes obras, interpretaciones inmortales, desde Mozart o Bach a Carmichael o Satchmo, han sido expresiones del amor.

—¿Y los celos?

—También pueden ser música.

Buchanan abrió los ojos. Eran otra vez los ojos de pescado, inhumanos, remotos y húmedos.

—¿De modo que es usted un sentimental?

Lombroso sostuvo su mirada firmemente.

—Sangre italiana.

Buchanan rió. Sus ojos no rieron.

—Bien, cada cual es como es. Pero Sally estaba chiflada por Dodge, positivamente chiflada; he aquí el significado de la «amistad» que a usted parece que le intriga. Joyce hervía de celos, y le aseguro que no se sentía en absoluto inclinado a sublimarlos en música. Cuando un chimpancé macho quiere a un chimpancé hembra y hay de por medio un rival, ¿sabe usted lo que hace?

Lombroso reflexionaba.

—¿De veras supone que Joyce ha matado a Turner por celos?

—No digo que lo haya hecho. Es una posibilidad.

—¿Turner correspondía al amor de Sally?

—Sí.

—¿Sí?

—¿Por qué le sorprende?

Lombroso titubeó.

—No le imagino enamorado de una muchacha mulata.

—¿Usted conoce a Sally?

—De verla actuar con el conjunto de Joyce.

—No es «una muchacha mulata» en el sentido en que usted lo dice. —Por un instante, sólo por un instante, se le antojó a Lombroso que la voz de Buchanan adquiriría un fondo de pasión—. Es exquisita. Tiene talento, fibra, arte, belleza, condiciones, y una inteligencia poco común. Está nada más que empezando, pero llegará lejos.

—¿Ése es el motivo de que la proteja a usted?

Buchanan se pasó la lengua por los labios.

—Proteger es una palabra equívoca. Se presta a interpretaciones torcidas.

—Muy torcidas, Buchanan; no siempre falsas.

—Vulgaridades. Sally Lee es mi obra; quizá pueda usted entenderlo de este modo. La he educado, formado, aconsejado y orientado. Me siento orgulloso de ella como un padre de su hija; o, mejor, como Pigmalión de su estatua viviente.

—Además de todo eso, ¿la ha mantenido?

—¿Es usted o no un sentimental?

—Sé que la gente necesita comer.

—Sally puede perfectamente atender a su sustento con su propio trabajo. Eso no quita, naturalmente, que yo le haga un regalo si me da el capricho.

—¡Hum! —murmuró Lombroso—. ¿Qué impresión le producían las relaciones de la muchacha con Turner?

—Una satisfacción inmensa. Son los dos seres a quienes más he apreciado. De un lado, me alegraba que Sally introdujese en la vida de Dodge la ternura que éste tanto necesitaba; de otro, me tranquilizaba que él brindara a Sally la protección a que yo, pobre de mí, no podía llegar ya, así como que hubiese tasado las cualidades de esa chiquilla en su exacto valor. Dodge poseía una extraordinaria finura de espíritu. Habría sido para mí extremadamente doloroso que Sally cayera en manos de algún cerdo del estilo de Crazy Joe Joyce.

—Ahora Que Turner ha muerto, ¿qué ocurrirá?

—No lo sé.

—¿Por qué no se casa usted con Sally?

Las facciones de Buchanan se contrajeron durante una fracción de segundo.

—No diga tonterías. Ni yo amo a Sally de ese modo, ni ella me ama a mí. Estoy al margen de la vida, enfermo, agotado. No vivo. Desempeño en el mundo un simple papel de espectador.

—¿Cómo ha tomado Sally la muerte de Turner?

—No he hablado todavía con ella. Espero que de un momento a otro vendrá o me llamará.

—¿Por qué no lo ha hecho usted?

—Lo he hecho. Su teléfono no contesta.

—¿Dónde vive?

—Apartamentos Bower, Décima Avenida... Número novecientos quince.

—Si no está allí, ¿dónde la encontraré?

—A esta hora es difícil precisarlo. Quizá ensayando con Joyce.

Hubo un silencio, mientras Lombroso anotaba las señas en su cuaderno. Luego, el detective levantó rápidamente la cabeza.

—Explíqueme una cosa, Buchanan: ¿por qué usted, un hombre entregado al *jazz* progresivo, un devoto de la música blanca, por qué se ha interesado tanto por una cantante de color, una representante del *jazz* que sin duda desearía ver arrinconado? Si dice que Sally Lee es su obra, que la ha educado y orientado, ¿por qué lo ha hecho hacia una música primitiva, insustancial e intrascendente? Sally debería cantar, qué sé yo, con Mulligan, ¡pero

nunca con Crazy Joe Joyce!

—Se equivoca completamente —replicó Buchanan, en tono fatigado.

—¿En qué me equivoco?

—Yo no deseo ver arrinconado el *jazz* negro. ¡Menuda barbaridad! Es una escuela de la que no se puede prescindir. No habría un Mulligan hoy en día sin los centenares de Joyces que ha habido desde la época de Nueva Orleáns. Sally necesitaba ese aprendizaje; por ello la coloqué junto a Crazy Joe, que es, a mi entender, el mejor maestro, el músico más elemental e impulsivo que actúa en este momento en Nueva York. Pero aguarde usted algún tiempo, muy poco, y será testigo de un acontecimiento histórico: el nacimiento de un nuevo estilo. Los músicos blancos transformaron el *jazz* adoptando a sus peculiares características y a su técnica lo creado por las antiguas bandas negras. Pues bien, el *jazz* blanco está ya lo bastante maduro para que los intérpretes de color lo tomen por su cuenta y se lo readapten. Será Sally Lee quien haga eso: lleva más de un año preparándose; y es usted la primera persona a quien informo del verdadero objetivo que Sally y yo perseguimos trabajando en común. Nada menos que una recreación del *jazz* sobre las últimas conquistas de la música contemporánea.

Buchanan había dado su explicación sin poner en las palabras el menor entusiasmo. Lombroso hubiera jurado incluso que su tono traslucía, no ya falta de convicción, sino hasta amargura. ¿Era tan grave su dolencia de estómago que no esperaba vivir para ver su proyecto realizado? ¿Era esto lo que marchitaba su fe?

—No soy la primera persona a quien informa —dijo el detective, lentamente—. Soy, en todo caso, la segunda. La primera fue Turner: el intento de acoplar el temperamento negro a la música blanca y fundir *jazz* cálido con *jazz* frío constituye uno de los temas de su novela. Recuerde: Bertha Jefferson me ha dicho que todo el talento que hay en la obra procede de usted.

—Bertha Jefferson le ha engañado —dijo al fin el enfermo—. La idea no ha pasado de mí a Dodge, sino de Dodge a mí. Fue suya. El era escritor y la convirtió en una novela. Yo he querido ir más allá y materializarla en la vida real.

«Un aficionado a las marionetas necesita marionetas para divertirse». Eran palabras de la Jefferson.

—Utilizando a Sally como marioneta —murmuró el detective.

—¿Dice usted?

—Nada. Absolutamente nada. —Lombroso guardó su cuaderno de notas y se dispuso a partir—. Ha sido usted muy amable atendiéndome en ese estado. De lo que me ha dicho deduzco que, aparte Larry Goldman, las dos personas más caracterizadas para matar a Turner han sido Bertha Jefferson y Crazy Joe Joyce. Pensaré en ello.

Buchanan levantó la mano.

—Tenga en cuenta, respecto a Bertha, que no se suele matar a la gallina de los huevos de oro.

—Pero ¿seguía siendo Turner su gallina? ¿No habría roto su dependencia de la agencia, quizá precisamente debido al éxito de

En la cálida

sombra'

?

—Eso no lo sé.

Buchanan parecía exhausto. Lombroso le deseó rápido alivio y se retiró.

El portorriqueño le acompañó a la puerta.

¿Una babosa? ¿Buchanan?

¿Por qué juzgaba la Jefferson tan mal a los hombres?

CAPÍTULO VI

Desde un bar llamó a la Compañía de Publicaciones Hoover. Pidió por la señorita, ¿cómo era?, Madden; la empleada de edad madura y aspecto eficiente.

—Soy el agente detective Lombroso —dijo—. ¿Me recuerda usted? Sí, el de esta tarde. Me ha parecido entender que era usted quién se ponía en contacto con la señora Jefferson para los asuntos relacionados con el señor Turner.

—A veces —respondió la voz profesional y mesurada de la mujer—. Otras la llamaba por encargo del señor Hoover. No hubo muchos asuntos relacionados con el señor Turner, de todos modos.

—¿Siempre trataron con él a través de la señora Jefferson?

—Siempre. Ella era su agente.

—¿Lo fue hasta que él murió?

—¿Cómo?

—Trato de averiguar si, que usted sepa, ella continuaba representándole; si no dejaría a última hora de ser su agente, en suma.

—Que yo sepa, señor, continuaba. Ni ella ni el señor Turner nos habían notificado nada en tal sentido.

—Gracias —dijo el detective, sintiendo la sombra de una decepción—. Eso es todo, señorita Madden.

Lombroso consultó su reloj y se preguntó qué estaría haciendo el teniente

O'Connor

con Goldman y con su triunfo. Le tentó la idea de llamar al precinto e informarse de la situación a través de Blyss, pero lo pensó mejor y dejó el teléfono quieto.

Sabía dónde encontrar a Crazy Joe Joyce a aquella hora. Se tomó un café y partió en su busca.

El lugar era un sótano, Décima Avenida arriba.

Lombroso conocía aquella sala y su ambiente nocturno: el bar lleno de soldados, marineros, paisanos y alguna que otra muchacha, gente de pie por todas partes, las mesas atestadas, las sillas muy juntas, un calor enfebrecido. Casi todos jóvenes de ambos sexos. Un cóctel de caras pardas, blancas y negras. Uno se sentía como en casa. En familia.

Pero ahora no había nadie. Solamente en el estrado, cinco músicos, los cinco negros. A la primera ojeada se dio cuenta Lombroso de que Sally Lee no se hallaba presente.

—¿Dónde está Sally?

Sabía que el negro le había visto y reconocido, y no creía que demostrase sorpresa. No la demostró.

—No lo sé —replicó por encima del hombro.

El saxo se las entendía con *Body and Soul*, ahora demasiado a la manera de Coleman Hawkins.

—Debería estar aquí.

—No veo el motivo.

—Por el ensayo.

—No veo el motivo —repitió Joyce—. Déjeme en paz, agente. No tengo nada con usted, ni usted nada conmigo. Sí piensa lo contrario, se equivoca.

—¡Basta! —gritó violentamente Lombroso. El saxo dio una nota falsa y calló en seco, asustado. Los demás miraron en su dirección —. Baja de ahí, Joyce. Hemos de hablar.

De mala gana, el pianista aporreó su instrumento, se alzó de la silla y descendió del estrado perezosamente. Era muy alto, casi un palmo más que Lombroso.

—¿Qué quiere?

—Te doy quince minutos para que localices a Sally y la traigas aquí.

—¿No puede llamar a su casa usted mismo?

—No está en su casa.

Joyce encogió sus estrechos hombros.

—Regístreme, entonces.

—¿Vendrá al ensayo?

—No.

Lombroso asió rudamente al negro por un brazo.

—¿Qué demonio te ocurre, Joyce?

—A mí, nada. Pero ¡cáscaras!, no sé ni quiero saber una palabra de esa persona que usted dice.

—¿Sally?

—La despedí. Llame a otra puerta, agente.

—¿Cuándo la despediste?

—Cuando supe lo que había hecho.

—¿Qué hizo? —insistió tercamente el detective.

—Contarle inmundicias, puercas mentiras, ¡oh!, a un tipo que escribió un libro con ellas. Mentiras que me atañen a mí y a personas que yo conozco. ¿Usted se da cuenta? ¡Víbora! ¡Yo estaba haciendo de ella una artista de lujo! ¿Qué le parece?

—¿Sabes lo que ha sido de ese tipo?

—Apiolado. —Joyce señaló con su largo y huesudo pulgar al baterista del quinteto—. Me lo ha contado Buzzy. Viene en los papeles. —El negro suspiró—. Le calienta a uno el corazón que alguien ande por ahí haciendo justicia. Espero que el tipo sufriría lo suyo antes de diñarla.

—Cuidado con lo que dices, idiota.

—Digo lo que siento.

—¡Mientes! Conocías perfectamente a Dodge Turner. No es su libro lo que te escuece. Le odiabas porque Sally sorbía los cientos por él, y tú los sorbes por Sally...

—¿Quién es el cochino que le ha contado eso?

—¿Para qué te figuras que trabajo en el barrio? ¿Para qué te figuras que vengo de vez en cuando aquí y me intereso por vosotros? ¿Para escuchar tu piano? ¡Narices!

Joyce masculló una maldición.

—Mire, agente, no trate de mezclarme en esa historia porque es tiempo perdido. Le dije a Sally que se largara, y se largó. No he vuelto a verla, y si puedo no volveré a verla en la vida.

El negro estaba bañado en sudor. Lombroso acercó la nariz a su pecho y olfateó ostensiblemente. El sudor de Joyce olía de una manera acre, penetrante, inconfundible: marihuana. De un manotazo le puso de cara a la luz. Tenía las pupilas dilatadas, oscuras, con algo como un oleaje agitándose en el fondo.

—¿Qué hacías esta mañana, entre las diez y las once?

—¿Qué le parece?

—Pasear por la calle Kebler, donde vivía Dodge Turner.

Joyce abrió la boca y la volvió a cerrar con un castañeteo de dientes. Bruscamente, se desasíó de la mano con que el detective le retenía.

—¡Oiga! ¡Pasar por la calle Kebler! ¡Qué demonio!

—¿Y bien?

—¡Dormía! ¿Qué se figura que hago a esa hora? ¡Me acuesto por lo menos a las cinco! ¿Cree que estaría en condiciones de trabajar si no durmiera?

—Sí —dijo Lombroso, fríamente—. Unos cigarrillos de jujú te pondrían en condiciones, y te darían el valor necesario para visitar a Turner y pegarle un tiro, de paso. Estás empapurrado de jujú hasta los pelos, Joyce.

—¿Dice? —articuló el negro—. ¿Un tiro? ¿Un tiro yo?

—Tú mismo.

De pronto, el pianista se enfureció. Le entró el arrebato como si fuera un acceso de locura. Atacó a Lombroso con las manos engarfiadas y se las echó al cuello. Mascullaba palabras ininteligibles. Su boca torcida salpicaba salivazos.

El detective aguantó el ataque sin retroceder. Alzó ambos puños unidos, y el golpe proyectó violentamente la cabeza del negro hacia atrás. No era un hombre resistente: Lombroso empleó únicamente tres golpes más para abatirle. Joyce cayó contra el estrado, intentó asirse al borde de éste, perdió el conocimiento antes de conseguirlo y resbaló al suelo hecho un grotesco ovillo de largos brazos y largas piernas.

Lombroso se miró los nudillos.

—Ven acá, Buzzy —dijo a media voz.

El baterista acudió; rollizo, con cara de niño y aire compungido y humilde. El sudor brillaba sobre su negra piel.

—Por favor —suplicó—. No me meta en un lío. No sé nada.

—¿Cuándo se marchó Sally?

—Anteayer.

—¿Hubo bronca entre ella y Joyce?

—Estuvo a punto de haberla... Sally la evitó. Era una situación que no podía durar. Joe no había planteado nunca claramente el asunto, pero en cuanto se decidió terminó todo. Sally estaba esperándolo.

—¿Por causa de Dodge Turner?

El músico mantenía los ojos fijos en el suelo.

—Sí.

—¿Celos?

—Sí.

—Pero ¿por qué estalló la crisis anteayer? Lo de Turner era ya antiguo, y si la aparición de su libro complicó las cosas, había aparecido hace tres semanas. ¿Por qué no pasó hasta anteayer?

Buzzy dijo quedamente:

—Ella nos anunció que iba a casarse.

El detective arrugó el entrecejo.

—Con Turner —puntualizó.

—Naturalmente.

—¿Y qué?

—Joe se puso como una fiera. El siempre... Entiéndalo, Sally tiene clase, clase de verdad. El la adora, y por ella se ha destrozado. Es como un chiquillo, usted no le conoce. Yo nunca había visto llorar a un hombre como le vi llorar a él. La chica, por supuesto, no es culpable. No estaba obligada a quererle. Pero hasta última hora, Joe había esperado... Y cuando ella nos dio la noticia...

Buzzy se encogió de hombros y calló.

Reinaba en la sala silencio absoluto. Todas las miradas estaban fijas en el yaciente e inmóvil Joyce.

—¿Joe empezó entonces con el jujú? ¿O es de hoy?

—Ayer ya vino así, y de no ser por la marihuana se habría matado, estoy seguro. Tendría usted que haberle oído tocar anoche. Alguien tendría que haber grabado la sesión. Para la historia. Nunca escuché nada parecido, nunca y a nadie. ¡Dios! Esto se hundía... Pero a uno, que sabía la causa y cómo sufría, ¡cómo sufría!, a uno le daban ganas de llorar, puedo jurárselo.

Lombroso hizo una mueca.

—¿Pronunció alguna amenaza?

—¿Cómo quiere que no las pronunciara? Sea usted humano. Ahora, de esto a suponer que haya llegado... que haya...

—¿Por qué no? Es fácil, muy fácil, matar en su estado. Con el corazón en la mano, Buzzy: ¿tú ves o no ves en él a un asesino?

El negro tragó saliva dificultosamente.

—Joe es mi amigo —replicó.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—No he pretendido contestarla.

Lombroso se sentía profundamente disgustado.

—¿Es cierto que Sally le contó a Turner cosas relativas a Joyce y a otras personas, que él utilizó en su libro?

—Yo sólo sé que en ese libro hay cosas de las que Turner no pudo enterarse sino a través de Sally. Cuando Joe se lo echó a ella en cara, ella no lo negó.

—¿Tú qué pensabas de Turner?

—Nada. Era uno de esos entrometidos que buscan en la música lo que no hay, uno de esos... que pretenden explicar con la inteligencia lo que de ninguna manera puede explicarse. He leído su famoso libro, todos lo han leído, ¿no? Una paparruchada. Yo puedo decirlo, me parece; yo, que me siento a la batería, y entro en la música, y me hundo en ella, y a veces casi me ahogo en ella. ¡Dios! ¿Qué sabe de esto un tipo como Turner? ¡Paparruchas!

—Ya veo —asintió el detective, pensativo. Tocó con el pie a Joyce y éste gimió débilmente—. Advertidle, cuando despierte, que volveré. Está marcado. Si encuentro contra él la menor evidencia no tendré ni así de compasión... ¿Qué ha sido de Sally? ¿Ha conseguido empleo en otra parte?

—Nadie sabe una palabra —dijo Buzzy.

Lombroso volvió la espalda al estrado y emprendió la retirada a través de la sala oscura y silenciosa. Su disgusto iba progresivamente en aumento.

Fuera, sobre Harlem se cernía el crepúsculo. Se acercaba la hora del *jazz* y de todo lo que pululaba en torno al *jazz*. Un extraño mundo empezaba a vivir.

Lombroso sintió casi miedo del torrente de caras oscuras que desfilaba a su lado. Buzzy había dicho que, la víspera, oyendo tocar a Joyce, a uno le daban ganas de llorar. El habría llorado. Seguro.

Descendió por la Décima Avenida hasta los Apartamentos Bower, subió al piso de Sally y llamó nuevamente a su puerta. El campanilleo del timbre volvió a sonar en vano.

Pero, esta vez el detective no se retiró. Sacó del bolsillo un juego de finos instrumentos de acero y manipuló durante unos minutos en la cerradura. Se produjo un chasquido metálico. La puerta cedió y se abrió sin requerir más esfuerzo.

Al fondo del pequeño apartamento que estaba a oscuras, se

percibía una espada de luz. Lombroso apretó instintivamente los puños mientras cerraba la puerta a su espalda. Le acometió un súbito malestar, una vaga náusea, que era como la condensación del presentimiento que hasta entonces le había torturado.

La espada de luz se colaba por una puerta entreabierta. Fue hacia ésta paso tras paso, concluyó de abrirla y se paró en el umbral. Era el dormitorio: simple, funcional, limpio, con una cama transformable que lo convertía en anexo del contiguo cuarto de estar cuando no había sido dispuesta para la noche.

Ahora sí había sido dispuesta. Para una noche que no terminaría nunca.

¡Sally Lee fue tan hermosa! ¡Había él admirado tanto el estallido vital de su espléndida juventud! Incluso muerta y ensangrentada conservaba intacta la estupenda armonía de su cuerpo. Estaba tendida en la cama, envuelta en un albornoz blanco de graciosos pliegues, manchado de rojo a la altura del pecho, como si allí llevara prendida una flor exótica. Se hubiera dicho una estatua yacente: las piernas juntas, las manos en cruz, los ojos cerrados. Lombroso pensó que la recordaría siempre así. Quien la mató había tenido exquisitos cuidados con ella.

El orificio de la bala estaba en su seno izquierdo, justamente encima del corazón. No había sufrido.

El detective se estremeció. Regresó al cuarto de estar y encendió todas las luces. Concentró su atención en examinar el apartamento, aunque sin tocar nada, sólo mirando. No se advertía señal ninguna de desorden, nada que indicase que se había efectuado un registro, que alguien había buscado algo, como en casa de Turner. No había rastro de la presencia de una persona extraña: ninguna prenda olvidada, ninguna huella. Únicamente una gotita de sangre en el pavimento del dormitorio, cerca de la puerta, revelaba que la muchacha había sido muerta allí y luego trasladada a la cama. Debió de haber llegado de la calle poco antes y tomado una ducha, tras lo cual se envolvió en el albornoz. Las prendas que se había quitado aparecían cuidadosamente depositadas en una silla, y estaba abierto el armario ropero.

Terminado el examen, Lombroso encendió un cigarrillo.

Con el cigarrillo en los labios se dirigió al teléfono, buscó en la guía el número de Buchanan y lo marcó.

—Soy el agente detective Lombroso —dijo al portorriqueño, que fue quien atendió a la llamada—. Avise al señor Buchanan, deprisa.

—Está descansando. Si desea usted...

—Avísele.

La voz del enfermo no tardó en dejarse oír:

—¿Olvidó usted algo?

—Preguntarle cuándo vio por última vez a Dodge Turner.

—Anteayer. Cenamos juntos.

—¿Y a Sally?

—Cenó con nosotros.

—¿Sabe que ella y Turner habían decidido casarse?

—Lo sé.

—¿Por qué no me lo ha dicho?

—¿No le he dicho que se amaban?

—No es lo mismo.

—Bien, usted no me lo ha preguntado. Pero no veo la diferencia. Es lógico que, si se amaban, hubieran pensado en el matrimonio. El amor suele sugerir esa clase de ideas.

—¿Sabe también que Sally había dejado a Crazy Joe Joyce?

—¿Dejado a Joyce? —preguntó Buchanan, interesado—. ¿Quiere decir que ya no actúa con él?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde anteayer. Ella le dijo a Joyce, calculo que después de haber cenado con ustedes, que iba a casarse con Turner. Se produjo una escena violenta. Joyce quedó abrumado, y Sally se marchó para no volver.

Hubo un silencio. Sin duda Buchanan reflexionaba.

—Lo siento —le oyó murmurar Lombroso.

—Más lo siente Joyce. Está derrotado, hecho una piltrafa, trufado de jujú hasta reventar. Pero me sorprende que, o bien Sally, o bien Turner, no le comunicaran a usted una cosa tan importante.

—Ayer estuve ausente casi todo el día.

—Me sorprende incluso así.

—Bueno —dijo Buchanan, de una manera fría—, la vida está llena de sorpresas. ¿Ha hablado usted con Sally?

El detective dejó sin respuesta la pregunta.

—¿Por qué medio se proponía Turner cerrar la boca de los que

protestaran contra el retrato que de ellos hacía en su libro?

Hubo un nuevo silencio.

—¿Por qué medio? —repitió Buchanan a media voz.

—Sí. Usted me ha contado que Turner esperaba la reacción de esas personas y había tomado precauciones; que no acusaba al azar, que tenía pruebas. Es evidente que las tenía en el caso de Larry Goldman, pues éste las encontró y las destruyó. ¿Dónde estaban las demás pruebas, Buchanan?

—Lo ignoro completamente.

—¿En qué consistían?

—No lo sé con exactitud.

—No puedo creer eso. Entre Turner y usted existía, no sólo una estrecha amistad, sino una especie de comunidad de ideas y sentimientos. Él había trabajado meticulosamente en la preparación de su libro, era una obra arriesgada, y no le hubiera dejado a usted a oscuras sobre particularidades de tanta trascendencia.

—¿Y si me hubiera dejado a oscuras de todos modos? ¿Qué le mueve a hacer esas suposiciones?

—Me han dicho que gran parte de sus informes los obtuvo Turner a través de Sally.

—¿Y qué? Eso es cierto, sobre todo en lo que atañe a Joyce y a Alma Reading.

—¿No sería por casualidad Sally la depositaria de las pruebas con que Turner esperaba presionar a esa gente?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Contéstela.

—Es muy posible que Sally las guardara —asintió Buchanan—. No estoy seguro, pero es muy posible. Y quizá las guarde aún. Pregúnteselo a ella.

—No puedo —dijo el detective—. La han matado.

Y cortó de golpe la comunicación.

CAPÍTULO VII

O'Connor
dijo:

—Esto nos llevará por lo menos ante las cámaras de la televisión —la perspectiva parecía a un tiempo enojarle y divertirlo—. Doble asesinato: un novelista de moda y su amante, que es una famosa cantante de color. El mundillo del *jazz* conmocionado. Un afortunado compositor camino de la silla eléctrica. ¡San Patricio nos valga! Los zánganos de la prensa están como locos.

Había escuchado el relato de Lombroso, sin preguntarle a éste ni una sola vez el motivo de que hubiera proseguido sus pesquisas pese a haber sido ya cancelado el caso por la Brigada.

O'Connor
prosiguió:

—El testimonio de ese músico negro va a ser de la mayor importancia —hablaba para Lombroso, pero vuelto de espaldas a él—. Nos ha dado la clave. Era evidentemente la mulata quien suministraba a Turner su material; era su cómplice, quién sabe si su enlace y su gancho. Le felicito por haber aclarado esos detalles tan a tiempo. Apuesto a que el judío confiesa de buen grado haber estado aquí antes que en el apartamento de Turner: ¡sólo fue allí porque con la mulata había fracasado! Digo, ¿me oye, agente?, que le felicito. No regatee elogios cuando alguien los merece de verdad.

—Yo que usted —replicó Lombroso a media voz— enviaría un patrullero a por Joyce. No conviene dejarle suelto con toda la marihuana que ha fumado.

—¿Dónde está Joyce? —preguntó el teniente.

Lombroso consultó su reloj y le indicó las señas de la cava contigua a la Décima Avenida. Si el negro no estaba en la cava, allí darían razón de él. Pero era temprano aún para que se hubiese marchado.

O'Connor

tomó el teléfono y transmitió las instrucciones. Cuando volvió junto al detective, éste dijo:

—¿Han aparecido los papeles de Turner?

—Naturalmente. En la mesilla de noche de Goldman.

—¿Algo comprometedor entre ellos?

—Nada.

—¿Comprometedor para nadie?

—Para nadie.

—¿Y el revólver?

—¿Quién conserva un revólver después de dos asesinatos? —El tono de

O'Connor

era mordaz—. Goldman es astuto como todos los judíos. Del revólver, ni rastro. ¿Qué esperaba usted?

—¡Hum! —Gruñó Lombroso.

El médico forense maletín en mano, se dirigía hacia ellos. Blyss se aproximó lentamente.

—Una sola bala —dijo el facultativo. Mostró el proyectil entre el índice y el pulgar, y a primera vista conoció Lombroso que se trataba de un calibre 32—. Su asesino,

O'Connor,

es un tirador excelente. Resulta imposible, si no se está acostumbrado al uso de armas, lograr dos muertos de dos disparos, ¡y ambos en el centro del corazón!

O'Connor

cogió la bala.

—No será una sorpresa si los técnicos dictaminan que salió del mismo revólver que mató a Turner. ¿Cuánto tiempo lleva muerta la chica?

—Entre doce y catorce horas, diagnóstico provisional.

—¿Tanto?

—Tanto.

—Eso significa que la mataron entre cinco y siete de la mañana.

—Exacto.

Lombroso sintió una mirada fija en él. Era la del capitán Blyss.

—¿Está seguro? —dijo

O'Connor.

La información del médico, por alguna causa, parecía desagradarle —. ¿Tanto tiempo, de veras?

—No estaré seguro hasta después de la autopsia, pero el margen de error es pequeño.

El detective echó a andar en dirección a la puerta del apartamento, y Blyss le siguió perezosamente. Preguntó:

—¿Y bien?

Lombroso se encogió de hombros.

—No sé. Todo está extremadamente confuso. ¿Usted ha visto el cadáver, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados? Eso es satánico, capitán. Hay en el fondo de este asunto un misterio que espeluzna, algo terriblemente oscuro y morboso. Si se mata a una mujer, se la mata y en paz; no se entretiene uno tendiéndola sobre una cama y componiendo con ella una especie de estatua sepulcral.

El capitán proyectó hacia delante el labio inferior.

—A no ser —dijo— que no fuera el asesino quien compuso la estatua sepulcral, sino alguien que estuvo aquí después que él y antes de que el *rigor mortis* se apoderase del cadáver.

—¿Hizo eso y no dio aviso del crimen?

—Por miedo a comprometerse.

—¿Cómo entró en el apartamento?

—Quizá era una persona de la intimidad de la muchacha y tenía una llave. O quizá encontró la puerta abierta. ¿No estaba abierta la del apartamento de Turner?

—Posible —murmuró Lombroso, sin convicción.

—¿Cuál es su idea?

El detective se oprimió las sienes con las manos.

—No puedo apartar de mi mente a Crazy Joe Joyce: borracho de marihuana, odiando a Sally porque iba a casarse con otro, y amándola desesperadamente... Es horrible. Ese desdichado me obsesiona, jese desdichado gibón! No debería permitirse que un gibón llevara vida de hombre.

—¿Gibón? —dijo el capitán—. ¿Qué es eso?

—Una clase de simio.

—¡Lombroso, por Dios!

—Lo lamento. Yo veo así las cosas.

Blyss miró hacia el fondo del apartamento, donde

O'Connor

conversaba con el médico y el representante del fiscal.

—Los de la Brigada parecen tener un caso muy bien construido.

—Sí, con humo —replicó el detective desdeñosamente—. O bien el teniente es estúpido, o se ha propuesto engañarnos a todos, incluso a mí, y enmascarar sus movimientos. Se necesita la sensibilidad de un elefante para cargarle la culpa de esto a Goldman. Larry Goldman matando a Sally y colocándola sobre la cama con las manos en cruz es algo así como usted vestido de bailarina.

—En la policía se estila el respeto a los superiores —dijo secamente Blyss.

—¿Sí?

Los serenos ojos del capitán centellearon.

—¿Ve usted al pianista negro haciendo eso?

—¡Y cómo le veo! Joyce estaba delirantemente enamorado de la muchacha. Anoche tocó como no había tocado jamás. Luego, al término de su actuación, enloquecido por la música y la marihuana, vino aquí y mató a Sally. Llorando, cubriendo el cadáver a besos, lo puso en la cama... Sólo un enamorado hubiera hecho tal cosa. Y sólo un enamorado habría, después, matado a Dodge Turner. No lo olvide, capitán: Turner murió después de Sally. Joyce la mató, ya no por celos, sino por haberle obligado a matar a la chica. Fue así como ocurrió. Del mismo modo habría ocurrido de estar yo en el pellejo de Joyce.

—¿Usted?

—Yo soy, como Joyce, un sentimental. Entiendo una parte de lo que ocurre dentro de él, la parte que no pertenece a la selva. En Joyce hay un enorme tanto por ciento de selva: es a costa de música y de marihuana que se acomoda a la ciudad; pero el resto lo entiendo.

—Un gibón viviendo como un hombre —dijo incisivamente Blyss—. A veces me pregunto si no es usted un irresponsable, Lombroso. Entonces, ¿conviene detener al negro y acusarle de asesinato?

—No.

—Esto no es un juego.

—Por supuesto que no, en el sentido en que usted lo dice. No

puedo explicarme con claridad, capitán. Deme tiempo.

Blyss insistió:

—¿Es o no es Joyce el asesino de la mulata y de Turner?

—Potencialmente, lo es. Pero detrás de él, en la cálida sombra, se mueve una fuerza siniestra, un terrible impulso criminal; hay un misterio espeluznante... ¡Casi puedo palparlo! ¡Oh, maldita sea! ¡Estas cosas no se expresan con palabras! —Lombroso hizo crujir sus nudillos—. La apariencia de los sucesos no lo denuncia, no se nota a primera vista, nadie lo percibe, ni siquiera yo, aunque lo presiento; sin embargo, Joyce no ha cometido esos crímenes porque no es lo bastante inteligente.

—Usted está loco.

—Quizá.

—Mi deber sería apartarle del caso.

—No digo que no.

Entornando los párpados, Blyss se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Siga adelante. Mañana, de doce a doce y cuarto del mediodía, espero su informe en el precinto. No se preocupe de

O'Connor

y la Brigada: haré que me tengan al corriente de sus avances, por si le sirven a usted de ayuda.

Lombroso respiró profundamente.

—También me servirá de ayuda una investigación de la situación financiera de Turner y Sally Lee. Quiero saber si él, o acaso ella, tenían depósito en la caja fuerte de algún Banco, y qué es lo que guardan sus eventuales depósitos.

—Creí que desdeñaba usted la hipótesis del chantaje.

—Yo no desdeño nada.

—Conforme. Llame al precinto a las diez.

—Adiós —dijo el detective—. Llamaré esta misma noche para saber qué partido saca

O'Connor

de Crazy Joe Joyce. Presumo que su prejuicio racial no se limita a los judíos.

El ancho y duro rostro del capitán Blyss se mostraba grave cuando Lombroso abandonó el apartamento. Como atraídos por el olor a muerte, un grupo de periodistas aguardaban fuera. Algunos

de ellos conocían al detective. Éste se mostró impermeable. No tenía nada que decir, con excepción de unas cuantas palabras cuya publicación impedían la decencia y el buen gusto.

Abajo, en la Décima Avenida, tomó un taxi y se marchó a cenar. Compró un periódico de la noche a la puerta de su restaurante favorito, y lo leyó mientras comía.

Terminada la cena, Lombroso llamó a la Brigada de Homicidios. O'Connor

se hallaba ausente, pero un sargento le dio el dato que deseaba: las señas de Goldman. Hizo un gesto de disgusto al anotarlas, porque el judío residía en Long Island. Todo un viaje.

Fue a Long Island, sin embargo.

La casa estaba situada en una tranquila calle residencial.

Una criada negra de edad madura acudió a la puerta de la verja en respuesta a la llamada de Lombroso, pero no abrió. Él dijo:

—Necesito hablar con la señora Goldman.

—La señora no puede recibir a nadie.

—A mí, sí. —Lombroso mostró su credencial—. Es en beneficio de su marido, a fin de cuentas.

La negra optó por abrir.

—Por aquí.

El cuarto de trabajo de Goldman, sin duda: libros, papeles, una gran mesa, un piano, un sofá, dos sillones. La mujer sentada en el sofá no había cumplido los treinta años.

Lombroso admiró sin reservas su modo de vestir y su modo de cruzar las piernas enfundadas en nylon.

Ella aguardó impasible a que se aproximase.

—Soy el agente detective Lombroso —dijo él—. Lamentó molestarla a estas horas, pero lo he creído del mayor interés.

—¿No ha sido suficiente? —preguntó la señora Goldman.

Su voz no era hostil. Quizá no podía serlo.

—¿A qué se refiere?

—A lo que le he dicho hace poco al otro.

Lombroso permaneció en pie ante el sofá, y ella no le invitó a sentarse.

—Repítamelo, por favor.

—Fuimos al teatro —la voz sonaba acariciante, puede incluso que a despecho de su dueña—. Regresamos a casa directamente.

Nos acostamos alrededor de la una. Mi marido ha pasado gran parte de la noche leyendo. Me he despertado varias veces, porque me molestaba la luz de su lamparilla. Le he pedido que durmiera y me ha contestado que no podía. No he insistido. En una ocasión, él se ha levantado para abrir la ventana, pues el cuarto estaba lleno de humo de lo mucho que había fumado. Recuerdo haber visto que amanecía y oído a los pájaros cantando en el jardín. Finalmente, hacia las siete, mi marido se ha quedado dormido. Pero a las nueve estaba nuevamente despierto. Ha tomado rápidamente una ducha, se ha vestido y se ha marchado sin desayunar. Esto es todo.

El «otro» a quien la señora Goldman aludía debía de ser O'Connor

o uno de sus hombres. Aquella historia le habría sentado al teniente como un puntapié en el estómago: constituía una coartada sólida como una roca en favor de Larry Goldman. Resultaba ya imposible, pura quimera, pretender culparle del asesinato de Sally Lee, muerta entre cinco y siete de la mañana.

O'Connor

previo sin duda algo semejante cuando acogió con tanto disgusto el dictamen del médico forense. Lombroso lo había previsto también al enterarse de que el israelita estaba casado.

Mirando a la mujer, y sin esperar más su invitación, se acomodó en uno de los sillones.

—¿Sabe usted el motivo de que la policía precisara averiguar cómo ha pasado su marido la noche?

—No me interesa. La detención de mi marido es fruto, o bien de un error, o de un acto de mala fe, y en ambos casos no tardará en recobrar la libertad. Lo demás, me tiene sin cuidado.

La señora Goldman subrayaba dulcemente su desdén.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo el detective—. Yo no pertenezco a la Brigada de Homicidios. Nosotros consideramos este asunto desde un punto de vista muy diferente.

Ella le examinó con renovada atención.

—Entonces, ¿a qué ha venido?

—A asegurarme de algunas cosas. ¿Su marido vive de su trabajo profesional, o sea de la música?

—Sí.

—¿Qué hace exactamente?

—Compone canciones, de vez en cuando la partitura de una comedia musical, fondos para películas. La radio y la televisión suelen absorberle bastante tiempo.

—¿No tiene otros negocios?

—No. Unas pocas inversiones, que yo sepa.

—¿Son ustedes felices?

—Razonablemente felices. Ni más ni menos que la mayoría de las personas que conozco.

—¿Ha notado últimamente que su marido estuviera más preocupado que de costumbre?

—Estaba nervioso. Le he visto así muchas veces, cuando no se sentía satisfecho de su trabajo, o cuando no daba con la inspiración precisa ante un encargo urgente. Sólo que esta vez no tenía ningún encargo.

—¿Sabe que se había querellado contra el autor de un libro?

—Lo he sabido por la policía. Vivo al margen de lo que él hace fuera de casa. Nunca habla de ello, nunca me hace confidencias ni me pide mi opinión.

—¿Eso le satisface a usted?

—Enteramente. Considero que un hombre tiene su propio mundo como hombre, y otro mundo como esposo y padre de familia. La esposa feliz reina en el hogar y en todo aquello que, de puertas afuera, es una prolongación del hogar. El resto no le incumbe.

Lombroso sonrió.

—Miles de maridos verían con gusto que sus mujeres pensaran así. Lo malo es que, en el caso presente, usted no puede responder de la honradez de su esposo, de la legalidad de sus operaciones, de cuál es la verdadera fuente de sus ingresos...

—Larry es honrado, se lo garantizo.

Lombroso sacudió la cabeza.

—Permítame por lo menos dudarlo. Dodge Turner, el hombre de cuya muerte le culpa la Brigada, retrató a varios personajes reales en su libro, y fue justo con todos. ¿Por qué iba a constituir su marido una excepción? ¿Por qué iba a decir mal de él sin fundamento? Es absurdo suponer tal cosa. Su propio marido, señora, ha admitido que, cuando se querelló contra Turner por difamación, éste le obligó a suspender la acción judicial

amenazándole con la exhibición de ciertas pruebas. Pruebas tan convincentes, señora, que su marido retiró inmediatamente la querella y se esforzó en negociar para aplacar a Turner y conseguir la devolución del instrumento con que el escritor le presionaba; tan convincentes, que, cuando esta mañana ha visitado a Turner y le ha hallado muerto, no ha vacilado en registrar el apartamento en presencia del cadáver, con riesgo de complicarse en el crimen, como se ha complicado. Y apenas regresado a casa, ha destruido los papeles que había sacado de la cartera del difunto.

La señora Goldman guardó un instante de silencio. Luego dijo con serenidad:

—Tengo en Larry plena confianza. Lo que él pueda haber hecho, bien hecho está.

—¿Le dijo algo a usted cuando volvió del apartamento de Turner?

—No le vi. Yo había salido, no regresé hasta después de su detención. Me la comunicó nuestro abogado por teléfono.

—¿Qué sabe usted de las relaciones de su marido con Dodge Turner?

—Nada. No conozco a Turner.

—Sin embargo, él dijo que se trataban hacía años y que durante un tiempo fueron casi amigos.

—Lo ignoraba.

—¿Conoce a una cantante de color llamada Sally Lee?

—No.

—¿A Dick Buchanan?

—Buchanan y Larry fueron camaradas durante la guerra. Se han guardado afecto. Buchanan ha venido a esta casa varias veces. Le estaba a Larry muy agradecido... a su modo.

—¿Agradecido? —repitió el detective, con sorpresa. No esperaba la respuesta que la mujer le había dado—. ¿Por qué razón?

—No lo sé con exactitud. Por algo que Larry hizo en su favor.

—¿Durante la guerra?

—Sí, durante la guerra.

—¿Usted se refiere a Richard Buchanan, jugador de *bridge*, aficionado al *jazz* y enfermo del estómago?

—Sí.

—Ya —dijo Lombroso, pensativo.

Y se levantó para marcharse.

CAPÍTULO VIII

La gramola automática contenía una colección de antiguallas. Lombroso siguió la lista con el dedo, marcó un viejo Ellington e introdujo una moneda en la ranura. Cuando empezaba a sonar la trompeta guagua, tomó la cerveza que en el bar acababan de servirle y se fue con ella a la cabina telefónica. Llamó al precinto. Pidió por el capitán Blyss.

—No está —le dijo el sargento de guardia—. Ha emprendido el vuelo. ¿Es usted Lombroso?

—Sí.

—Tengo un recado de su parte para usted. Crazy Joe Joyce ha desaparecido. ¿Usted sabe quién es Crazy Joe Joyce?

—Y usted también. ¿Qué más?

—Los de la Brigada han conseguido orden de detención contra él. Alarma general. Están buscándole. Ha dicho el viejo que haga usted lo que pueda.

Lombroso bebió un sorbo de cerveza.

—Bueno —gruñó.

Pero regresó.

A las diez y pico, casi las once, bajaba las escaleras de la cava, Décima Avenida arriba, luego a la izquierda. Ahora tenía aquello su ambiente, con casi todas las mesas ocupadas.

Mientras avanzaba entre las mesas, el detective distinguió en el bar a uno de los hombres de

O'Connor,

probablemente encargado de vigilar el regreso del pianista, aunque amenizara su obligación cortejando a una rubia de saludable aspecto. Cuando llegó al pie del estrado estuvo haciéndole señas a Buzzy, el batería, hasta que éste le vio. Dio a entender por medio de muelas que no podía abandonar los tambores. Lombroso insistió. El negro, por fin, apenas fue coronado el tema, entregó los palos al

joven saxo que aquella tarde ensayaba con Joyce. Saltó del estrado. Tenía la frente, la nariz y las mejillas llenas de gotas de sudor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el detective.

A Buzzy se le veía de pésimo humor.

—Usted tuvo la culpa. No hubo manera de calmar a Joe cuando volvió en sí de la paliza que usted le había atizado. No hubo manera de convencerle. Parecía que no le importábamos nosotros, la música, la vida, nada. Nos plantó. Usted será responsable de cualquier cosa que le ocurra.

—¿Cómo se marchó? ¿En qué estado de ánimo?

—¡Y lo pregunta! Llorando, aturdido, ciego, como para caer bajo las ruedas de un coche justo al salir a la calle.

—¿Por qué no le detuvisteis?

—Fue al lavabo y se escabulló. Había ya desaparecido cuando nos dimos cuenta.

—¿Qué supones que hará?

Buzzy se pasó la lengua por sus gruesos labios.

—Matarse.

—En serio, Buzzy:

—Completamente en serio. ¿Qué otra cosa puede hacer?

—¿Has dicho eso a los del Departamento?

—Sí.

—¿Y qué?

—Como usted: no lo han creído. Ellos suponen, en vista de la situación, que ha escapado porque es el asesino de Sally.

—¿No lo es?

—Lárguese —replicó amargamente el negro.

El detective le apoyó una mano en el hombro y le miró a la cara.

—Buzzy, tú sabes que yo aprecio a Joyce. Me he tomado por él el trabajo de venir aquí e intervenir en una investigación que no me incumbe. Quiero encontrarle y ayudarle. Vamos, Buzzy.

Buzzy bajó los ojos.

—Lárguese.

La mano de Lombroso hizo presión en su hombro.

—Vamos.

—Hay una sola posibilidad —dijo el negro, a regañadientes—. Pregunte a Ulysses Smith. ¿Le conoce?

—No recuerdo.

—Tanto mejor. Tiene un bar en la calle Basin. Un bar al extremo de la calle. Puede que Joe esté allí, o que haya pasado por allí al salir de aquí... No le diga a Smith que le envió yo.

—¿No? ¿Por qué no?

—Es Joe quien importa. Encontrarle. Lo demás...

—O sea, que es en ese bar donde Joyce se procura la marihuana.

—Usted hace deducciones sin fundamento.

—No soy tonto, Buzzy. La «única posibilidad» consiste en que Joyce, al salir de aquí, haya ido a renovar su provisión de cigarrillos. Eso suponiendo que se le hubieran agotado.

—Yo mismo eché al retrete los que le quedaban.

La sombra de una sonrisa pasó por el rostro del detective.

—Perfectamente. Gracias por la confianza.

—Hay policías y policías —dijo Buzzy—. Usted tiene buena intención y comprende las cosas. Pregunte a Ulysses Smith. Suerte.

—¿Ulysses Smith?

—¡Hum! —Hizo el negro. Tenía una voz grave, muy sonora, que semejaba brotar de un contrabajo—. ¿Quién le busca?

—¿Es usted?

—Vamos a suponer que soy yo.

—Me gusta hacer favores y recibirlos —dijo—. Me gusta mostrarme amable con la gente y que la gente se muestre amable conmigo —sonrió—. Así se vive bien, ¿no es cierto, Ulysses?

El negro le miró sin pestañear.

—¿Qué quiere?

—Ayudar a un amigo en apuros: Crazy Joe Joyce.

—Desconocido.

—Pues él suele hacerme de usted grandes elogios.

—¡Harry! —llamó súbitamente el gordo. Acudió uno de los camareros—. Cuida un rato de la caja. Vuelvo enseguida.

Descendió con gran trabajo de su trono. Avanzó resoplando a lo largo del mostrador, balanceándose, torpe como un sapo. Salió por el extremo y llamó con un ademán a los dos matones próximos a la gramola automática. A la derecha de ésta había una puerta. La abrió. Visto de espaldas hacía pensar en un hipopótamo o en la popa de un autobús. Medía casi uno noventa de estatura y, sin embargo, era poco menos ancho que alto.

Los matones sonrieron fríamente a Lombroso.

—Adelante —dijo uno.

Lombroso siguió al gordo y los dos hombres le siguieron a él. Ulysses los condujo a un desordenado despacho situado inmediatamente después de la puerta. Se colocó detrás de la mesa, en pie.

—A ver quién es —indicó.

Uno de los matones se aproximó a Lombroso en actitud de cachearle. Un ciclón semejó desencadenarse repentinamente. El detective se revolvió, alzó ambos puños y una rodilla. Cazó de lleno al negro y le cortó la respiración. Le golpeó nuevamente antes de que se recobrase, cargando todo su peso en el golpe. En el instante en que el segundo matón intervenía, lanzó al primero, de un violento empujón, contra la mesa. Los puños del segundo le alcanzaron. Fue un impacto brutal. Haciendo un esfuerzo desesperado, sacudiendo la cabeza, logró conservar la mente clara. Apresó el brazo del negro cuando éste repitió su ataque, tiró, y estuvo a punto de hacerle caer de bruces. Convirtió la presa de su brazo en una presa de cuello. Sabía que su única ventaja era la rapidez, por lo que procuraba no perder un segundo. Apretó, y en el instante en que el matón se encogía mugiendo de dolor, soltó las manos y le descargó un tremendo hachazo en la nuca. El hombre se desplomó como fulminado.

Todo había ocurrido en unos segundos. Lombroso, entonces, echó el pestillo a la puerta y trasladó su atención a Ulysses Smith. El gordo le encañonaba con una «Luger». Sin titubear, con paso suelto y firme, mirándole a los ojos, se aproximó a la mesa. Extendió la mano. Cogió la pistola por el cañón, se la quitó a Smith de entre los dedos y la guardó tranquilamente en su bolsillo.

El enorme negro lanzó un suspiro semejante a un estertor.

—Reconozco que tiene agallas, amigo —dijo—. Pude haberle matado.

—No había peligro —sonriendo, el detective puso orden en sus ropas y se echó el cabello atrás—. Es usted demasiado inteligente para cometer tamaña estupidez. Sabe que yo no soy enemigo suyo y que he venido en son de paz, lo cual. —Lombroso señaló a los dos maltrechos gorilas— no quita que me moleste sobremanera que me manoseen.

El gordo no había perdido la serenidad.

—¿Policía? —preguntó.

Lombroso mostró su credencial.

—Pero no he venido como policía.

—Muy interesante.

Alguien intentó abrir la puerta desde fuera y, al hallar corrido el pestillo, la golpeó imperiosamente. El detective, dijo:

—Espero, Smith, que podamos hablar como personas.

Ulysses Smith asintió. Rodeó la mesa e hizo levantar a puntapiés a sus hombres. Abrió la puerta.

—Largo —ordenó a los que aguardaban al otro lado—. Falsa alarma. Volveré a llamar si os necesito. Fuera todos, ¡deprisa!

Quando regresó a su puesto, halló a Lombroso encendiendo un cigarrillo. La «Luger» estaba sobre la mesa, evidentemente a su disposición. No la tocó.

—Un hatajo de inútiles —rezongó—. Mucha fanfarronada, mucha planta, y se derriten como mantequilla —examinó al detective de pies a cabeza—. Usted pierde el tiempo en la policía, muchacho. Le pagarían lo que pidiese si trabajara para particulares.

—Lo que yo pido sólo la policía puede pagarlo. No es precisamente dinero.

Smith enarcó burlonamente las cejas.

—¿Un sentimental?

—Exacto.

—Bueno, ¿qué quiere?

—Se lo he dicho: soy amigo de Joe Joyce, y él está en un apuro por culpa de la Brigada de Homicidios. Trato de encontrarle y socorrerle.

—O de adelantarse a la Brigada en su detención.

—Piense lo que guste.

—¿Por qué ha acudido a mí?

—Tengo motivos para suponer que, a última hora de la tarde, Joyce ha venido aquí para comprarle a usted algo que necesitaba con urgencia. Su estado era calamitoso. Mi última esperanza es que usted le haya prestado ayuda y sepa dónde se encuentra en este momento.

—¿Comprarme a mí algo que necesitaba con urgencia? —inquirió suavemente Smith.

—¿Quiere que lo mencione por su nombre?

—Sí.

—Marihuana.

Hubo un silencio.

—Usted está loco. O le agrada jugarse el pellejo, o ha perdido el sentido común.

—Simplemente, le tiendo una mano a Joe Joyce. Quizá usted no pueda comprenderlo; y le compadezco, si es así.

El gordo hizo una mueca que deformó grotescamente su ancha cara.

—Juraría que miente.

—Compruébelo.

—Si sale usted vivo de aquí, ¿qué ocurrirá? No puedo consentir que un policía ande suelto con la cabeza llena de ideas como las que usted tiene sobre mí y mi negocio.

—Pues habrá de consentirlo, Smith.

El gordo lanzó otro ruidoso suspiro.

—Eso temo.

Respondiendo sin duda a una disimulada llamada, de la que, como en las precedentes ocasiones, Lombroso no se percató, la puerta lúe abierta y entró un hombre con la mano significativamente oculta en el interior de su vistosa chaqueta.

—¿Patrón?

—Trae a Marty —dijo Smith.

El hombre se limitó a volverse y chistar. Un individuo de piel de ébano, cuyos poderosos músculos se combaban bajo una ajustada camisa amarilla, apareció en el umbral.

—¿Qué fue de Crazy Joe? —añadió el gordo.

El negro miró con recelo a Lombroso. Luego respondió:

—Le llevamos al Engelberg.

—¿Qué habitación?

—No recuerdo. Una de las especiales.

—Ya ve —dijo Smith al detective—. Joyce ha comparecido hecho una piltrafa y a poco más arma un escándalo. He procurado deshacerme enseguida de aquella patata demasiado caliente. Los muchachos le han conducido a un lugar tranquilo y reservado. ¿Qué quiere más?

—Hablarle.

El negro titubeó.

—Acompáñale, Marty. Es un policía. Jamás conseguirá nada en el Engelberg si tú no le introduces.

—¿Un policía? —exclamó Marty, con repugnancia—. Patrón, ¿usted pretende hundirnos? ¿Yo he de introducir a un policía en el Engelberg? ¿Qué dirán allí?

—Nada, si no se enteran. Ve y cierra el pico.

—Gracias —dijo Lombroso.

Ulysses Smith le dedicó una burlona sonrisa.

—También a mí me gusta hacer favores y que me los hagan, muchacho. Ya habrá ocasión. Conozco a los hombres.

Marty arrastraba ligeramente una pierna al andar. El detective le siguió a través del bar, buscando con la mirada a los dos matones que habían probado sus puños, pero sin encontrarlos. Luego le siguió calle arriba.

El hotel Engelberg, a cien metros escasos del local de Smith, era un edificio estrecho, rojizo y desagradable, como tantos hoteles para negros. En lugar de utilizar la puerta principal, Marty tomó un callejón lateral y oprimió el timbre de una puertecilla de madera, que estaba cerrada. Primero se abrió una mirilla, y después toda la hoja.

—Hola —saludó un negro viejo, de piernas torcidas, que fumaba un maloliente cigarro—. ¿Tú otra vez?

—Vamos a ver a ése.

—Al fondo. La seis.

Se bajaban unos peldaños. A nivel inferior al de la calle corría un pasillo iluminado por una única bombilla amarillenta. Tenía tres puertas a cada lado, numeradas del uno al cinco y del dos al seis.

Nadie contestó cuando llamaron a la seis. Nadie contestó a la primera llamada, ni a la segunda, ni a la tercera.

El viejo se aproximó por el pasillo.

—Estará como un tronco. Vino que no se tenía en pie.

—Abre —dijo Marty.

El viejo abrió.

Lombroso entró antes que sus acompañantes. La luz estaba encendida y Crazy Joe Joyce yacía en la cama. Había algo raro en su actitud. Muy raro.

El cuarto apestaba a humanidad, a cerrado y a húmedo. El detective se situó en dos zancadas junto a la cama y tocó la mejilla

de Joyce. Tibio. Enfriándose. Le levantó un párpado. Apoyó la mano sobre su corazón. Ni un latido.

En la mesilla de noche había una botella de agua, un vaso y un tubo de comprimidos vacío. Lombroso conocía aquella clase de tubos, su tamaño, la marca que llevaban, todo: contenían veronal.

—Vuélvase despacio y con las manos en alto —dijo Marty.

El detective obedeció, porque el negro empuñaba una pistola.

CAPÍTULO IX

El viejo de las piernas torcidas estaba indignado. Con el cigarro en la boca, prorrumpió en una retahíla de furiosas lamentaciones, hasta que Marty le hizo callar con un epíteto grosero.

—Ha muerto —dijo Lombroso.

Encañonándole y procediendo con mil precauciones, Marty le desarmó. Al negro se le veía preocupado, nervioso. El detective comprendió que la menor imprudencia podía valerle un tiro. Adoptó el talante más tranquilizador, puesto que arriesgarse no conducía a nada.

—Salga —ordenó el pistolero. Preguntó al viejo—: ¿Tienes otro cuarto disponible?

—¿Para qué? ¿Para otro lío? Cuando el patrón se entere...

—¡Cierra el condenado pico de una vez! Estoy tratando de ayudarte, ¿no? ¿Prefieres que te deje en la estacada y con ese fiambre en los morros? ¿Es eso lo que buscas?

El viejo atravesó el pasillo y abrió la puerta número cinco. Marty hizo al detective una seña con la pistola.

—Pase ahí dentro y espere. Tengo que arreglar esto sea como sea. No arme jaleo. Ya, metidos en harina, lo mismo estorba un muerto que dos, ¿entiende?

El detective se tendió en la cama y se puso a fumar. Descubrió de repente hasta qué extremo estaba cansado. Cerró los ojos. Mientras chupaba su pitillo oyó movimiento en el pasillo, cuchicheo, discusiones en voz baja. Medio dormido, aplastó la colilla en el tablero de la mesa de noche. Luego dejó que el sueño le venciese.

Despertó sacudido por una mano recia y negra. Era la mano de Marty.

—En marcha, policía.

Consultó su reloj. Había dormido cuarenta y cinco minutos.

—¿Todo en orden?

—No se preocupe. Vamos.

Lombroso se restregó los ojos, abandonó la cama y, adormilado aún, precedió al pistolero al pasillo. No se veía a nadie, ni siquiera al viejo, y a nadie encontraron hasta que Marty abrió la puerta que daba a la calleja lateral. En la esquina de ésta y la calle Basin estaba parado un «Chevrolet» azul.

—Suba —dijo Marty.

—¿Al coche?

—Sí, hombre, al coche.

Lombroso vio la mole de Ulysses Smith instalada en el asiento.

Se sentó a su lado. El «Chevrolet» empezó a moverse lentamente. Marty quedó en tierra y echó a andar en dirección contraria.

—Sonó la hora de devolver favores —dijo tranquilamente el gordo—. Creo que me he portado con usted de manera decente, y no será mucho pedir que se porte usted decentemente conmigo.

—Mi decencia tiene límites —replicó Lombroso. El sueño descabezado en el hotel Engelberg le había arrugado la ropa, y en vano procuraba marcar con los dedos la raya de sus pantalones—. La suya también los tiene, Smith.

—Ya lo sé. Pero le exigiré mucho menos de lo que usted me ha exigido a mí. ¿Vio a Joe Joyce?

—Sí.

—Se ha suicidado.

—Eso parece.

—Nada de apariencias, se ha suicidado. No fumó uno solo de los pitillos que me compró. En cambio, se tomó un tubo entero de veronal. Pienso que, de haber fumado, acaso se hubiera distraído. La verdad, no se me ocurrió que hiciese una cosa tan tremenda.

A Buzzy, recordó el detective, sí se le había ocurrido. Buzzy tenía la obsesión de que Joyce quería matarse. Y cuando fallaron los recursos de la música y de la marihuana, efectivamente, se mató. «Usted será responsable», le había dicho el baterista negro.

Lombroso sintió en la boca un sabor amargo.

—¿Qué va usted a pedirme, en suma?

—Que olvide lo que ha visto en el Engelberg.

—¿Y le permita escamotear el cadáver?

—¡Cuerno, no! ¡Ya sé que eso es imposible! Si fuera usted otra

clase de sujeto, otra clase de policía, unos billetes lo resolverían todo. Pero, con usted, debo apelar a la lealtad.

—Explíquese.

—Es sencillo. —Ulysses encogió sus vastos hombros—. El Engelberg tiene dos clases de habitaciones: las que conoce el público, y unas pocas, las que conoce usted, donde solamente se admite a determinados huéspedes cuando... En fin, usted no es tonto. La policía no sabe ni debe saber nada de esas habitaciones. ¿Nos comprendemos, muchacho?

—¿Cómo queda lo de Joyce?

—Se le ha trasladado a la otra parte del hotel y ha sido legalmente inscrito en el registro. —Smith consultó su reloj—. Dentro de cinco minutos, el conserje llamará por teléfono al precinto y dirá que acaba de enterarse de que están buscando a Joe Joyce, y que se hospeda allí, y que pueden encontrarle en la habitación tal. Le encontrarán como usted le ha encontrado, exactamente lo mismo, salvo que en un escenario diferente. El Engelberg se evitará con ello muchas complicaciones. Todos salimos ganando en el cambio.

Lombroso reflexionó.

—Es honesto. Si realmente no hay juego sucio, cuente con mi discreción. No diré nada.

Smith rió en un susurro.

—Mi norma es ser honesto en el mayor número posible de cosas, para poder ser deshonesto en las que de verdad me interesan —rebuscó en el interior de su chaqueta, que era grande como una tienda de campaña, y sacó una pistola—. Aquí tiene su petardo. Después de lo que he presenciado en mi despacho, me asombra que Marty haya conseguido desarmarle sin perder el físico.

—Marty obraba de buena fe —dijo el detective, reintegrando el arma a su funda—. La muerte de Joyce le ponía en un grave apuro, y no quise complicar su situación. Supuse que todo concluiría por arreglarse. ¿Nada más, Smith?

—Nada. Para en la esquina, Teddy —ordenó el gordo al conductor. Y añadió plácidamente—: Celebro haberle conocido.

El coche se detuvo.

—Yo también lo celebro —replicó Lombroso—. Prometo hacerle una visita el día en que la Brigada del Vicio le eche mano y le

ponga entre rejas. Da gusto ver una cara amiga en tales ocasiones.

La risa cloqueante del negro resonaba aún en sus oídos cuando ya el «Chevrolet» se había perdido de vista. Ulysses Smith era, sin disputa, un hombre extraordinario, y no solamente por su coruplencia.

El detective miró en torno y se encontró a corta distancia de la calle Basin. Su conversación con Smith se había desarrollado mientras el coche daba vueltas a unas cuantas manzanas.

Era duro afrontar el hecho de que Crazy Joe Joyce ya no existía. Lombroso tuvo el presentimiento de que la muerte del pianista iba a traer serias consecuencias; no para él, pero sí para

O'Connor

y los de la Brigada de Homicidios. La hipótesis de que Joyce, impulsado por el rencor y los celos, había matado a Turner y a Sally, constituía una tentación demasiado fuerte: dos asesinatos y un suicidio, estampa clásica. Ocasión, motivos, personalidad psicopática, raza negra —para satisfacción de

O'Connor

—, todo estaba allí. ¿Por qué no?

Joyce había estúpidamente ingerido un tubo entero de veronal antes de que se difundiese la noticia de que Sally Lee estaba también muerta:

O'Connor

deduciría que lo sabía ya, puesto que la había matado él. Pero Lombroso pensaba que, de haberlo sabido, quizá no se habría envenenado. Quizá no. La muerte borra las traiciones. Y Joyce abandonó enloquecido la cava, corrió al bar de Ulysses Smith y de aquí fue conducido, semiatontado, al Engelberg donde permaneció encerrado hasta su muerte. ¿Desde cuándo llevaba en el bolsillo el veronal? ¿Desde la víspera? Su última actuación al piano, inmensa, excepcional, arrebatada, ¿fue todo esto porque él se proponía que fuera la última?

La noticia del trágico fin de Sally no llegó a tiempo a sus oídos. ¿Le habría salvado? ¿Qué importaba ya?

Lombroso enderezó la cabeza. Tonterías. No pensaba sino tonterías.

Había caminado mecánicamente, y ahora advirtió que lo hacía en dirección al precinto. Continuó. Momentos después se sumergía

en aquel ambiente familiar, reconfortante como un tónico.

El sargento de guardia bostezaba detrás de su mesa.

—Preguntaban por usted.

—¿Quién?

—El viejo. Está arriba.

No era frecuente hallar sí capitán Blyss en su oficina tan tarde, pero Lombroso le halló. Hacía pajaritas de papel y tenía fruncido el entrecejo.

—Confío en que no me arrepentiré de haberle soltado las amarras, Lombroso —dijo—. Ponerse en contacto conmigo, ¿es muy molesto?

—Llamé antes. Usted había salido.

—Bueno, pues he vuelto. —Blyss estrujó entre sus fuertes dedos una pajarita—. Hay noticias. Los de la Brigada han localizado a Joe Joyce. Van a detenerle.

Lombroso sostuvo imperturbable su mirada.

—Se ha suicidado.

El capitán dio un respingo.

—¿Cómo?

—Está desde esta tarde en una habitación del hotel Engelberg, en la calle Basin. Se ha tomado un tubo de comprimidos concentrados de veronal. Los de la brigada van a detener un cadáver.

—¿Usted cómo demonio ha averiguado eso?

—Lo he averiguado, y en paz. —Lombroso se inclinó y apoyó los puños en la mesa de su jefe—. Mire, este asunto es cada vez más desagradable. Apuesto mi sueldo de un mes a que

O'Connor

se agarrará al suicidio de Joyce como a su tabla de salvación y olvidará completamente a Goldman. Sin embargo, a Goldman no se le puede olvidar. Es una pieza importantísima del rompecabezas. ¿Puede usted presionar a

O'Connor

en este sentido, caso de que se produzca lo que yo temo?

—¿Presionarle para qué?

—Goldman exige la mayor atención. Si de mí dependiera, le mantendría encerrado hasta el fin de este asunto...

—Me sorprende su cambio de opinión. Usted negaba...

—No es un cambio de opinión. Simplemente, ocurre que Goldman ocupa el centro de varios misterios que me desconciertan. El primer misterio consiste en que encontró abierta la puerta del apartamento de Turner; pero hay otros, y quiero hablar con él.

—¿Por qué no habla conmigo? —preguntó sarcásticamente el capitán—. ¿Por qué no habla claro conmigo?

—Intenté hacerlo en casa de la mulata. Usted no me entendió.

Blyss miró a su subordinado fijamente. Dijo de sopetón:

—¿Quién es Bertha Jefferson?

—Era la agente de Turner.

—Ha llamado dos veces. Desea verle. Precisamente a usted, Lombroso. Se ha negado a especificar el motivo.

El detective se pellizcó el labio. ¿Bertha Jefferson? ¿Verle? Consultó su reloj. ¿Verle a aquella hora?

—¿Ha dicho algo más?

—El sargento ha tomado sus señas y su número de teléfono.

Blyss empujó a través de la mesa el papel en que las señas y el número estaban anotados. No eran los de la oficina; se trataba, sin duda, del domicilio particular de la Jefferson.

Lombroso levantó el teléfono y marcó el número. Una voz de mujer contestó enseguida:

—¿Bien?

—Agente Nick Lombroso. ¿Dice usted que quiere verme?

—¡Oh, Lombroso! —exclamó la voz, con vivacidad—. ¿Puede venir ahora? ¿Le espero?

—¿Es importante?

—Sí. Creo que sí.

—Conforme, ahí voy.

El capitán preguntó, en tono fatigado:

—¿También ella ocupa el centro de terribles misterios?

Lombroso se encogió de hombros.

—El centro mismo quizá no —rectificó la inclinación del ala de su sombrero—. ¿Por qué no espera usted a que pueda explicárselo todo en términos adecuados a la mentalidad anglosajona, capitán? Ni yo mismo, y llevo sangre italiana en las venas, sé ahora por dónde ando. ¿Por qué no espera?

—¿Le parece que no es esperar lo que hago? Jamás, óigalo bien, Lombroso, jamás le había dado tanta cuerda a nadie como en este

caso se la doy a usted.

—Eso es cierto —asintió el detective. Retrocedió hacia la puerta —. Por favor, cuide de que pueda tener a mano a Goldman cuando lo necesite, aunque sea esta noche. Y mañana, ¿recuerda?, encárguele a alguno de los muchachos la inspección de las cuentas y los depósitos bancarios de Turner y Sally Lee.

—¿Por qué no me pide también que le sirva el desayuno en la cama?

—Eso ya es cosa que ha de salir de usted —dijo Lombroso.

Abajo, en la calle, tomó un taxi y dio al taxista la dirección de Bertha Jefferson. Pensó que la agradaría que ella le ofreciera una copa, algo fresco. Tenía sed.

La dirección correspondía a un edificio de cinco pisos que debió de ser hacia 1925 una casa elegante. Ahora estaba en decadencia. Los nombres de los inquilinos figuraban en una placa, con los botones de sus respectivos timbres. Lombroso llamó. Antes de un minuto zumbó el indicador de que la puerta estaba abierta.

Era en el cuarto piso. Bertha Jefferson le aguardaba en el umbral.

—No sé cómo juzgará usted esto —dijo.

Las palabras pretendían ser una excusa. Llevaba una larga bata de tejido estampado, pero su aspecto era tan pulcro, juvenil, atractivo y natural como lo había sido en el despacho de la calle Cuarenta Oeste. Más natural, en todo caso: Lombroso lo pensó al seguirla al interior del apartamento y observar la libertad con que sus músculos se movían debajo de la bata.

Respondió:

—Mi juicio dependerá de lo que ocurra.

—¿De lo que ocurra aquí? ¿Entre nosotros?

—Sí.

Ella sonrió. Había dispuesto hielo y bebidas sobre una mesa baja, frente a un diván, junto a una lámpara que proyectaba un cono de luz, única luz en la pieza. De ésta alcanzó a observar Lombroso que tenía muebles bastante nuevos, sólidos y lujosos. La decadencia del edificio se limitaba a la fachada exterior.

—¿Le apetece un trago?

Lombroso se acomodó en el diván.

—He soñado con él todo el camino —dijo, sin mentir. Estaba a

la expectativa. Bertha Jefferson no había rechazado su insinuación, y el escenario parecía realmente dispuesto para que ocurrieran cosas—. Un trago de *whisky*, por ejemplo.

La mujer se inclinó para preparar los vasos, o quizá para que él apreciara su escote. Luego, cuando se sentó en el diván, Lombroso vislumbró un relámpago de carne entre los faldones de su bata.

—Nuestra conversación de esta tarde me ha dado mucho que pensar, Lombroso, especialmente después de haber leído en los periódicos que hablan ustedes detenido a Larry Goldman.

Lombroso olfateó el *whisky*.

—¿Sí?

—Puede que me equivoque, pero de las informaciones se desprende que, si bien han capturado ustedes muy deprisa al hombre, la acusación contra él se sustenta en bases poco firmes. Hasta cierto punto, Goldman les ha burlado. Ha distraído la evidencia más importante.

El detective comenzó a sentir curiosidad por algo ajeno a Bertha Jefferson en sí misma.

—¿Qué evidencia?

—La que permitió a Turner obligarle a suspender su acción judicial. La que Goldman sustrajo del apartamento. La que le impulsó a cometer el asesinato.

—¿Usted sabe que fue eso?

—Sí. Pero ¿por qué no prueba el *whisky*?

Lombroso probó el *whisky*.

CAPÍTULO X

Bertha dijo:

—Ahora veo las cosas claras. Si usted me hubiera contado lo del sombrero, lo de la presencia de Goldman en el lugar del crimen, las hubiera visto claras mucho antes. Los periódicos no habían hablado todavía de esto cuando usted me visitó.

El detective levantó la mano.

—Un momento. ¿El Herman de la novela de Turner es realmente Larry Goldman? ¿Es su retrato tan verídico como los demás?

—Si no en los detalles, lo es en el fondo. Dodge cargó quizá un poco las tintas. Exageró. Fue injusto con Goldman, pero podía permitírselo.

Lombroso pensó en la morena dama de Long Island, en la casa burguesa, en los niños, en las fotos familiares.

—¿Por qué podía?

—Déjeme que le cuente la historia a mi modo.

—Muy bien.

Bertha echó el cuerpo atrás y cruzó las piernas. Sucedió lo que sucede cuando alguien cruza las piernas vistiendo una bata como la suya, pero ella no trató de remediarlo.

—Hace cinco años —dijo—. Larry Goldman obtuvo el éxito más grande de su carrera artística, ganó una fortuna y se convirtió en un personaje. Si usted se interesa por estas cosas, lo recordará: estrenó una opereta titulada *Demasiados millonarios*. Un año en cartel en Broadway. Versión cinematográfica. Campañas en Canadá, Australia y Gran Bretaña. Goldman era autor así de la letra como de la música; se hinchó, y vive y vivirá de las rentas de aquello. Pues bien, *Demasiados millonarios* era un plagio, o mejor un robo, y, además, cometido en circunstancias vergonzosas.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Dodge me lo dijo. Herman hace en su novela algo semejante.

Lombroso asintió.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Espere. Yo intervine indirectamente en el asunto. Todo empezó con la llegada a Nueva York de un tipo que se llamaba Ely Jakob. Era un judío húngaro expatriado, un desecho de la guerra, bohemio, derrotado, hambriento, que no sé por qué milagro había conseguido permiso de inmigración en Estados Unidos. Jakob se puso en contacto con mi agencia. Es decir, quería ponerse en contacto con Dodge Turner, de quien algún ingenuo le había ponderado las cualidades de crítico y de persona introducida en los ambientes musicales y lo hizo a través de mí. Resultaba que el húngaro traía consigo unas partituras y unos libretos que había compuesto. Aspiraba a sacarles fruto. Sin embargo, lo mismo Dodge que yo nos dejamos engañar por su apariencia, por sus modales zafios, por la porquería que solía llevar encima y por el modo como el aliento le apestaba a alcohol. Yo se lo traspasé rápidamente a él, y él se lo traspasó a Larry Goldman, con quien entonces tenía buena amistad. Pidió a Goldman, que también es judío, que hiciera lo posible por su hermano de raza, aunque no fuera sino aconsejarle que renunciase a sus ilusiones. Pocos días después, Ely Jakob en plena borrachera, fue aplastado por un camión. Goldman dijo que era lo mejor que podía haberle ocurrido, y todos cuantos habíamos conocido a aquel infeliz nos mostramos de acuerdo. Le hubiéramos olvidado enseguida de no ser por su esposa.

Bertha calló. Su vaso y el de Lombroso estaban vacíos, e hizo ademán de llenarlos. El detective dijo:

—Adivino más o menos lo que ocurrió a continuación.

—No fue tan canallesco como lo que Dodge escribió de Herman en su libro —prosiguió la mujer, cuando hubo llenado de nuevo los vasos—, a pesar de que lo fue bastante. La esposa de Jakob, una criatura tan horrible, apocada y maltrecha como él, afirmó que su difunto marido había sido un músico de talento, que sus obras merecían ser conocidas, que a ver qué había sido de ellas. Nadie le hizo caso. Goldman dijo que el supuesto músico no era sino un alcohólico delirante, un chillado, un megalómano, y parecía cierto. Dio a la viuda los papeles que Jakob le había confiado para que los examinase, declaró que no valían un centavo, como así era, y la viuda replicó que faltaban los mejores y que los demás eran falsos.

Trate de imaginar la situación: Larry Goldman, un hombre respetable, frente a una bruja que chillaba epítetos incomprensibles en un idioma extranjero y calificaba de genio a un pobre borracho piojoso. No había para la desdichada salida posible. Poco tiempo después, la policía la detuvo. Acusada de alcoholismo, escándalo, conducta desordenada y atentados contra la higiene pública, las autoridades federales anularon su carta de inmigración y la devolvieron a Europa. No se ha sabido más de ella. Pero antes de seis meses estrenó Goldman *Demasiados millonarios*; era, simplemente, la obra de Ely Jakob.

Hubo un corto silencio.

—¿Fue Turner quien le contó a usted esa historia? —preguntó Lombroso.

—Fue él, días atrás, cuando Goldman pretendió querellarse. Dodge estaba tan asustado de las reacciones que provocaba su novela, que temí que se hubiera metido a ciegas en un lío. Me relató todo eso para que yo le confirmase que tenía razón y no corría peligro ninguno. Se lo confirmé, por supuesto.

—Pero ¿había pruebas?

—Sí. Dodge guardaba una carta de Jakob suficientemente explícita y un par de partituras originales suyas, una de ellas firmada. Era concluyente.

—¿Goldman tradujo del húngaro los libretos? ¿Conoce el idioma?

—¡Oh, no! Existía una versión francesa del propio Jakob. Goldman hizo de ella una ingeniosa adaptación; a esto se redujo su trabajo.

Lombroso bebió a pequeños sorbos su segundo vaso de *whisky*. Miraba a la mujer, pero sin verla. Le tenía sin cuidado lo que sucedía con los faldones de su bata.

—Es vergonzoso —dijo—. Dodge Turner debía de saber la verdad y poseer esas pruebas desde que murió Ely Jakob. Sin embargo, toleró el fraude cuando la opereta de Goldman se estrenó, y sólo se ha servido del secreto ahora, para beneficiarse él, ¡para que su libro tuviese mayor venta!

—¿Por qué no? —replicó la Jefferson, desdeñosamente—. Larry Goldman era entonces amigo suyo, y él no fue un santo.

—¿La amistad se rompió entre los dos?

—Se enfrió poco a poco.

—¿Quiere decir que no hubo una, riña, un alejamiento súbito?

—No hubo nada de eso. Goldman y Dodge seguían en buenas relaciones, se trataban más o menos íntimamente, cuando se publicó el libro. Luego, naturalmente, todo cambió.

—¿Cómo, entonces retrató Turner al judío con tan mala saña? De ser por espíritu de justicia, le hubiera atacado mucho antes. ¿O acaso no tuvo sus famosas pruebas hasta fecha reciente?

Bertha Jefferson entornó lánguidamente los párpados.

—No olvide lo que esta tarde le he dicho de Dick Buchanan. Puede haber mucho de Buchanan en la novela.

—Pero Buchanan y Goldman son buenos amigos.

—¿Está seguro?

El detective se puso en pie sin responder.

—¿Hay aquí teléfono?

Ella le señaló con un ademán la ubicación del aparato. Ceñudo, abstraído en sus pensamientos. Lombroso fue y llamó a la Brigada de Homicidios. Pidió por el teniente O'Connor.

—¿Qué quiere, aspirante?

—¿Aspirante a qué?

—A oficial —el irlandés rió con aspereza—. ¿No es ése el motivo de que a esta hora de la noche ande todavía revolviendo un asunto que para nada le incumbe?

—Yo no tengo aspiraciones. Lo hago por puro sentimentalismo.

—Sí, ya sé, conozco a otros sentimentales. ¿Qué quiere?

—¿Continúa detenido Goldman?

—Está todavía aquí. Me ha dicho Blyss con gran empeño que usted se interesa por él.

—Quiero hablarle.

—Venga cuando le parezca. No saldrá hasta mañana por la mañana.

—Pero saldrá.

—Libertad provisional. El caso, no sé si usted se halla al corriente, ha tomado otras derivaciones. ¿Puede recomendarme un buen relojero? Mi cronómetro se ha parado.

—Schwartz, en la Décima Avenida —dijo Lombroso—. Dentro de un rato pasaré por ahí.

Cuando se volvió vio a Bertha depositando sobre la mesa una bandeja de canapés. Disimuló una sonrisa.

—Lamento aguarle la fiesta, pero tengo que marcharme.

Ella se enderezó y le miró. Sus ojos hablaban un lenguaje que él entendía perfectamente, un lenguaje tan antiguo como la humanidad.

—¿Marcharse enseguida?

—Sí.

La mujer avanzó y se le colocó delante. Usaba el perfume apropiado, no sólo para su figura, sino para la situación.

—Es absurdo que uno trate de torcer sus naturales inclinaciones, Lombroso. La vida ¡es tan corta y tan amarga! Sólo los estúpidos desperdician los buenos momentos. Siéntese otra vez. Hay tiempo para todo.

—Según para qué. No es solamente Dodge Turner quien ha muerto: Sally fue asesinada entre cinco y siete de la pasada madrugada, hora a la cual Larry Goldman estaba en cama con su esposa. Y resulta, señora Jefferson, que Turner y Sally iban a casarse, que usted había querido a Turner para sí, que estaba furiosa y resentida contra él y naturalmente, contra Sally, la rival que se lo arrebató; resulta que durante diez años, primero su esposo y luego usted, han estado chupándole la sangre a Dodge Turner, y que éste, al saborear su primer gran éxito literario, empezaba a cansarse de la sangría. ¿El *whisky* y los canapés me ayudarán a olvidar todo esto, señora Jefferson? ¿Me ayudarán a no pensar en que probablemente no puede usted justificar el empleo de su tiempo entre las diez y las once de la pasada mañana y las cinco y las siete de la madrugada anterior?

Bertha Jefferson echó la cabeza atrás y soltó una nerviosa carcajada.

—¡Qué convencional, Lombroso! ¿Ni por un momento se desprende usted de su personalidad de policía? ¡Míreme! ¡A los ojos! ¡Míreme!

Había fuego en su voz. El detective la miró. Vio cómo se entornaban sus párpados, cómo se entreabría su boca, cómo avanzaba un paso y alzaba su rostro y le rodeaba con los brazos el cuello. Volvió la cara en el último instante y recibió el beso de la mujer debajo de la oreja. La sintió ponerse tensa, estremecerse de

coraje.

Se desasíó. Bertha murmuraba algo ininteligible.

—Odio dos cosas —dijo él—: Una son los canapés, otra es la vanidad femenina.

La dejó allí, rígida, en pie junto al diván, con su hábil bata estampada y todo lo que la bata contenía. Recogió su sombrero y se marchó dando un portazo.

Tuvo en el Departamento la satisfacción de hallar a O'Connor ausente.

—Acaba de marcharse a dormir —le informó Pritchard, su ayudante. Estaba de pésimo humor—. Condenación, yo me caigo de sueño, y véame, ¡aquí metido! ¿Usted quiere hablar con Goldman?

—Sí.

—Está abajo. Lo traerán enseguida. Acomódese.

En el vacío despacho del teniente, el detective encendió un cigarrillo. Miró por la ventana. La ciudad se le apareció como un mar de sombra salpicado de luces.

El judío entró escoltado por un guardia y por Pritchard. No tenía mal aspecto, y Lombroso sabía que a su reclusión no le faltaban comodidades; pero probablemente habían interrumpido su sueño, por lo cual fruncía el entrecejo con desagrado.

Pritchard preguntó:

—¿Me necesita?

—No. Gracias.

Se retiró, y el guardia con él. Lombroso se encontró a solas con Goldman en el despacho, frente a frente.

Vio que la curiosidad iba sustituyendo en la expresión del judío al enojo.

—Bueno, ¿qué ocurre ahora?

—Siéntese —dijo Lombroso, con suavidad. Dio el ejemplo hundiéndose en una de las butacas de cuero que

O'Connor

tenía ante su mesa—. Mañana estará usted libre, Goldman, y su crimen habrá quedado impune. La atención que el teniente

O'Connor

dedicaba a usted esta tarde va actualmente por otros caminos. Pero yo no consentiré que se marche de aquí sin una explicación

satisfactoria.

Goldman declaró, en tono cansado:

—Yo no maté a Dodge Turner.

—Ya sé que no.

—Pues ¿qué ha dicho de un crimen impune?

—No me refiero al asesinato. Hablo de un robo cometido por usted cinco años atrás. Ely Jakob y la viuda de Jakob fueron sus víctimas.

Al israelita le temblaron las manos. Primero palideció. Luego se puso rojo y sus ojos despidieron una llamarada.

—¡Eso es una asquerosa calumnia!

—Puede parecer una calumnia —concedió el detective—, pero sólo porque usted ha destruido las pruebas que Turner tenía de que no era una calumnia. Fue un maldito robo, Goldman, con todos los agravantes, aunque usted se haya librado tan limpiamente del castigo. Estoy seguro de que no habría vacilado en matar a Turner para impedir que éste hablara.

—¿Cómo ha... cómo ha descubierto... lo de Jakob?

—Me lo ha contado Bertha Jefferson. Dodge Turner se lo contó a ella días atrás.

El judío no afirmó ni negó que fuera cierto. Dijo:

—Yo no pensé en matar a Turner. Nadie se me anticipó. Repito una vez más que habíamos llegado a un acuerdo amistoso y que fui a su casa a buscar los papeles tal como habíamos convenido. Esto puede que no tenga importancia para ustedes, pero la tiene para mí.

Lombroso replicó:

—Yo le creo.

Goldman escrutó su cara con renovado interés.

—¿Entonces...?

—Procuremos poner en claro las cosas. Ante todo, ¿desde cuándo tenía Turner en su poder aquellos papeles?

—No lo sé. Ni sé tampoco cómo y dónde los consiguió.

—Pero ¿eran auténticos?

—Sí —murmuró el israelita.

—Cuando se produjo lo de Ely Jakob, ¿estaba Turner enterado de la realidad de lo ocurrido? ¿Lo estaba de que *Demasiados millonarios* era un plagio, cuando la opereta se estrenó?

Goldman respondió a regañadientes:

—Nunca me dijo nada.

—¿Nunca? ¿Usted no supo que él conocía su secreto hasta que fue publicado *En la cálida sombra*?

—Eso es.

—El secreto, ¿lo conocía alguien más?

—Nadie, en cinco años, ha demostrado conocerlo.

—Turner y usted eran amigos; concretamente, en determinada época, íntimos amigos. ¿Por qué lanzó él en su libro ese ataque contra usted?

—No he conseguido explicármelo.

—Pero luego hubo entre ustedes un arreglo. ¿No le dio una explicación?

—No. No llegamos al acuerdo personalmente.

—Usted dijo que su abogado...

—Mi abogado no intervino. Un amigo común, un buen amigo, actuó de mediador. Gracias a él, íbamos a reconciliarnos.

—¿Qué amigo?

—Se llama Richard Buchanan.

Lombroso respiró profundamente.

—¿Cómo fue eso?

—Supo lo que pasaba, habló conmigo y con Turner y lo arregló todo. Anoche me comunicó que el problema estaba resuelto y que Turner me esperaba a las once menos cuarto para liquidar definitivamente la cuestión.

—¿De qué procede su amistad con Buchanan?

—De la guerra. Luchamos juntos en Italia... Buchanan me haría cualquier favor que le pidiese. Me los ha hecho. No ha sido ahora la primera vez.

Lombroso se inclinó ligeramente hacia adelante.

—¿Por qué le haría cualquier favor?

—No lo digo por vanagloria. —Goldman se encogió de hombros—. Pero yo le salvé la vida. Una granada le destrozó el estómago. Habría muerto allí, en el pozo de tirador, si yo no le hubiera llevado al puesto sanitario a través de un infierno de fuego enemigo.

—¿Sabía Buchanan lo que eran aquellos papeles?

—Yo no se lo dije. —Goldman bajó los ojos—. Comprenda... No era agradable detallar, y Buchanan no me hizo preguntas indiscretas.

Lombroso contempló en silencio al judío. Luego, inquirió:

—¿Usted halló abierta la puerta cuando esta mañana llegó a casa de Turner?

—Sí.

—¿No vio a nadie en el apartamento? ¿Está seguro?

—A nadie.

—¿En el pasillo? ¿En la escalera?

—Me he exprimido los sesos pensándolo, pero no vi a nadie hasta que la muchacha entró.

—La muchacha —murmuró el detective.

—¿Decía usted?

—Nada. —Lombroso se alzó de la butaca, anduvo hacia la puerta y la abrió. Fuera, bostezando, estaba el guardia que escoltó a Goldman—. Avise a Pritchard de que he terminado, hágame el favor.

CAPÍTULO XI

El reloj de pulsera de Nick Lombroso señalaba las diez menos veinte minutos. Un sol espléndido inundaba Nueva York. Con el blando sombrero bajo el brazo y el traje amoldado a su sólida y flexible figura, el detective oprimía el botón del zumbador ante la puerta 2614 del piso vigesimosexto del edificio Etork. Su llamada interrumpió el sonido de la máquina que, de una manera lejana, se oía teclear al otro lado de aquella puerta.

La puerta se abrió.

—¡Oh, el error de la cigüeña! —dijo Nancy Collins, sin apenas sorpresa—. Estuve ayer preguntándome todo el día cómo era posible que me dejaran ustedes en paz.

Lombroso entró en el pequeño apartamento.

Nancy había estado escribiendo en una mesa muy práctica que tenía forma de arco. Junto a la máquina se veía un vaso mediado de zumo de naranja. En un cenicero de vidrio grueso humeaba un cigarrillo.

En un extremo de la mesa había un periódico de la mañana. Lombroso lo desplegó. Las últimas noticias del caso Turner-Lee hablaban todavía de la muerte de Joyce y de la próxima libertad de Goldman.

—¿Ha seguido nuestra investigación?

—Sí, por los boletines de la radio. Ese oficial, ¿cómo se llama?, ha trabajado con sorprendente rapidez.

—¡Hum! —murmuró el detective.

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó ella en tono ligero—. ¿Le gusta la ginebra holandesa? Me regalaron hace poco una botella excepcional. ¿Quiere probarla?

El dijo que sí, que quería probarla, y fue a la ventana y miró a la calle mientras Nancy preparaba la bebida. Veintiséis pisos más abajo, los seres humanos parecían hormigas, y los vehículos

juguets infantiles.

Lombroso tomó el vaso que la muchacha le tendía y trató de concentrar su mente en el motivo de su presencia allí.

—Señorita Collins, usted es mi última esperanza —dijo. Ella hizo un gesto de extrañeza, sorprendida por la súbita solemnidad que había impregnado su voz—. Mi última esperanza, tal como lo oye. He pasado casi toda la noche en blanco, pensando en usted. Ayer trabajé como un forzado y tengo mi obra prácticamente perfecta, acabada, pulida. Sin embargo, le falta la piedra clave. Si usted no me la proporciona, se hundirá.

—¿A qué se refiere?

—Al asesinato de Dodge Turner.

Nancy movió negativamente la cabeza.

—Lo siento, agente, lo siento mucho. Ayer quedó demostrado que no me es posible ayudarle.

—¡Tiene que serle posible! —exclamó con violencia él. Bebió un trago de ginebra—. ¡No me declaro vencido de antemano! ¡No me resignaré a terminar en un callejón sin salida!

—¿Qué desea exactamente de mí?

—Mire —el detective hizo una profunda inspiración—, creo que ayer no enfocamos las cosas del modo debido. Trate de recordar su visita a Turner. Todo. La puerta abierta, muy bien. ¿Había un sombrero negro en una de las sillas del vestíbulo?

—Sí.

—Lo había. Luego, mientras usted contemplaba el cadáver, alguien escapó a espaldas suyas. ¿Le vio?

—Le oí solamente.

—¿No vio a nadie más?

—No.

—¿A nadie más? —Los ojos de Lombroso llameaban—. ¿Tampoco en el pasillo de aquel piso? ¿Tampoco en la escalera?

La muchacha guardó silencio.

—¡Conteste!

Ella se pasó la mano por la frente.

—Espere... En el pasillo...

—¡Dios! ¡De modo que sí vio a alguien!

—Encontré a un hombre al salir del ascensor. Se comportó de manera rara, pero lo que ocurrió después me lo había borrado de la

memoria. Nunca hubiera pensado que tuviera con el crimen la menor relación, y aún ahora...

—¿Qué pasó?

—Cuando salía del ascensor, en el piso de Turner, noté que me corría un punto en la media. Me paré a ver hasta dónde llegaba la carrera, y en el momento en que estaba así, con la falda recogida, un hombre dobló el recodo que allí forma el pasillo. En lugar de interesarse por mis piernas, que era lo lógico, volvió completamente la cara, pasó de largo, sin mirarme y empezó a bajar la escalera. Andaba con rigidez, y cuando el ángulo de la escalera le colocó de perfil frente a mí, se levantó el cuello de la chaqueta como si tuviera frío. No le vi mas que una oreja y unos pocos cabellos negros. Recuerdo que llevaba un traje de color verdoso y sombrero gris y que era bastante alto. Esto es todo lo que hubo. Celebraré que le sea de alguna utilidad.

—¿Ese hombre podía proceder del apartamento de Turner?

—Venía de aquella dirección.

Sin decir nada, él regresó a la ventana y permaneció unos minutos dando la espalda a la habitación. Nancy no quiso distraerle. Era agradable verle así, viril y silencioso, firmes los robustos hombros, alta la cabeza, siluetado contra el cielo azul.

Cuando se volvió, su cara parecía de piedra; como la de un antiguo romano, como la de un emperador-dios, tallada en mármol oscuro.

—¿Estaría usted dispuesta a exponerse a un peligro mortal? —preguntó en voz baja.

Nancy replicó:

—¿Lo necesita?

—Sí.

—Haré lo que sea.

El habló sin dejar de mirarla:

—Debe llamar por teléfono a un hombre. Insistir, si no quiere ponerse al aparato. Luego le dirá que es usted la muchacha que ayer, a las once de la mañana, se arrojaba una media a la puerta de un ascensor, que ha tardado veinticuatro horas en localizarle y desea tratar con él cierto asunto. Invítele a venir aquí. ¿Hay un lugar donde yo pueda ocultarme?

—Sí.

—Ese hombre, señorita Collins, es un asesino.

Nancy respiraba agitadamente.

—¿Su nombre?

—Richard Buchanan. Yo le dictaré el número de teléfono. Tenga en cuenta que se malogrará todo si durante la conversación deja traslucir que hay alguien con usted.

—No se preocupe —dijo la joven, con una sonrisa nerviosa—. He trabajado en una emisora de radio. Comprendo lo que espera de mí.

—¿Dispuesta, entonces?

Ella fue a la mesa y levantó el teléfono.

—Cuando guste.

Marcó el número a medida que Lombroso lo iba dictando. Sus manos temblaban ligeramente. El detective la observaba con todos los músculos en tensión.

—¿Señor Buchanan? —La voz de la muchacha cobró, de pronto, mayor aplomo—. ¿Que no recuerda mi nombre? No importa... Preste atención. Soy la chica que ayer, a las once de la mañana, se arreglaba una media a la puerta de un ascensor... ¿No sabe de qué hablo? ¿Está seguro? ¿Quiere más detalles? —Nancy consultó a Lombroso con la mirada, y éste asintió—. Fue en el pasillo del décimo piso de una casa de la calle Kebler. Me ofende que lo haya olvidado, señor Buchanan... Mis piernas... ¡Ah, bien! Simplemente, deseo tratar con usted ciertas cuestiones. Me ha costado veinticuatro horas localizarle... Oh, en el fondo ha sido fácil: no es usted un completo desconocido, y yo soy periodista... Sí, he dicho periodista. No, de ningún modo. No, no iré. Me tiene sin cuidado que esté enfermo. Restablézcase. Venga usted aquí, en todo caso... Sola. Vivo sola. Apartamento 2614. Edificio Stork, en la plaza de Saratoga. Confío en que no tardará. De acuerdo.

La experiencia había terminado. Nancy colgó.

—Ese hombre vendrá armado y dispuesto a todo —dijo calmadamente el detective. Dirigió una mirada a su reloj—. No tardará más de treinta minutos, aun contando con que esté en cama y deba vestirse. ¿Dónde puedo ocultarme?

Nancy abrió una puerta.

—¿Le conviene aquí?

Era el cuarto de baño. Había unas breves prendas de nylon

puestas a secar en el borde de la bañera. Sonriendo, Lombroso comprobó que si mantenía la puerta entreabierta dominaba la entrada del apartamento y toda la zona de éste en que era de suponer que Nancy y su visitante se moverían. Tuvo la delicadeza de volverse de espaldas a la muchacha para montar su pistola, que luego devolvió a la funda.

—Sí, me conviene —dijo—. Escúcheme bien. El papel de usted consistirá en provocar en Buchanan una reacción que le ponga en evidencia. Es muy peligroso. Debe contarle, aunque sea mentira, que desde el recodo del pasillo, antes de ocuparse de la carrera de su media, le vio salir del apartamento de Turner. Muestre su sorpresa por el hecho de que la policía ignore que él estuvo allí en el instante del asesinato. Pídale una explicación. Destaque su condición de periodista: dudo que Buchanan, a no ser que por casualidad lea sus artículos, sepa que, más que periodista, es usted una sabihonda cargada de prejuicios. ¿Ha comprendido hasta aquí?

—Perfectamente.

—Yo estaré detrás de la puerta del cuarto de baño dispuesto a intervenir. Tendrá usted cuidado constantemente, a partir del momento en que le franquee la entrada, de no interponerse entre Buchanan y yo, de no cubrirle. Compóngaselas como quiera, con tal que obre de manera natural y él no lo note. Nos las habernos con un asesino, señorita Collins. Una imprudencia la pagaríamos con el pellejo.

El rostro de la joven resplandecía de excitación.

—No lo olvidaré.

—Eso es todo. —Lombroso tomó la botella de ginebra para servirse otro vaso—. Conecte ahora la televisión, o la radio, o haga cualquier cosa que nos ayude a esperar.

La radio estuvo conectada veinte minutos.

Después, en medio de un *staccato* de los acaramelados violines de Victor Young, el timbre de la puerta emitió su zumbido.

CAPÍTULO XII

Lombroso experimentó una cosquilleante sensación de vacío en el plexo solar, como cuando a bordo de un avión se atraviesa un bache de aire. Allí estaba. Alto, distinguido, con una elegancia de estilo europeo, sombrero en mano. Sus ojos de pescado no miraban a Nancy, sino que exploraban cautelosamente la habitación.

—No tengo mucho tiempo disponible —anunció con aquella voz suya que invitaba a escuchar—. Estoy cometiendo, además, una gravísima imprudencia. Mi estómago. Cualquier esfuerzo puede provocarme una hemorragia. Sin embargo, creo que todo ello no empaña el placer de conocerla a usted. Es usted asombrosamente bonita, señorita Collins.

—Síntese —dijo Nancy.

Ella fue a hacerlo en el borde de su mesa, dejándole totalmente despejado a Lombroso su eventual campo de tiro. No dominaba por completo sus nervios, pero esto era natural y no alarmaría al visitante con tal que no cayese en la tontería de dirigir una mirada asustada a la puerta del cuarto de baño.

Hubo un forzado silencio, que al fin Buchanan se decidió a romper.

—Bien, señorita, ¿qué opina de no prolongar esto demasiado y mostrarme con franqueza sus cartas? ¿Para qué he venido? ¿Puedo saberlo?

Nancy titubeó todavía un instante.

—No sé cómo empezar —confesó—. Carezco de experiencia en estos asuntos, pero estoy segura de haber agarrado un buen bocado y no lo soltaré. Acaso lo más práctico sea que le exponga a usted los hechos y que usted resuelva.

Los ojos de pescado semejaban perforarla.

—Adelante.

—A las once de la mañana de ayer, señor Buchanan, fui a casa

de Dodge Turner. En el pasillo de su piso se me corrió un punto en la media, precisamente cuando usted salía del apartamento. Retrocedí unos pasos porque estaba en el mismo recodo, e inspeccioné el desperfecto. Usted llegó y pasó frente a mí antes de lo que esperaba, y su actitud fue tan ridícula, tan falta de naturalidad, que no pudo menos que llamarme la atención. Se ocultó la cara como suelen hacer los chiquillos. Después no he visto mencionado en ninguna parte que usted hubiera estado allí. Es algo asombroso, señor Buchanan. Nadie lo sabe, excepto yo. Ahora que parece demostrada la inocencia de Goldman y que se admite como cierto que halló ya muerto a Turner, resultaría sensacional la revelación de que también usted merodeaba por el escenario del crimen. Si a Turner no le mató Goldman, habrá que admitir que le mató usted.

Lombroso escrutó desde su observatorio la cara de Buchanan. Lo que leyó en ella le obligó a enderezar la pistola y apuntársela al corazón.

Buchanan dijo, con voz crispada:

—¿Qué busca usted, señorita? ¿Dinero?

—Depende. Soy periodista. No sé si por dinero renunciaría a un éxito profesional de semejante calibre.

—Entonces, ¿qué?

La muchacha se encogió de hombros. Era evidente que su actitud desconcertaba y exasperaba al hombre. Buchanan no había puesto en duda su declaración, no la rechazaba, no se molestaba en negar su visita a Turner, y ni siquiera había protestado contra la explícita acusación de asesinato que Nancy acababa de lanzarle... Lombroso preveía la crisis. La adivinaba tan próxima que el índice de su mano derecha temblaba ya sobre el gatillo.

—He pensado, antes de dar un paso decisivo, permitirle a usted explicarse. —A juzgar por el tono de su voz, también Nancy se percataba de que la situación estaba a punto de estallar—. Soy muy escrupulosa en mis procedimientos.

—¡Escrupulosa! —La sarcástica exclamación de Buchanan fue casi un gemido—. Señorita, o es usted imbécil, o es tan astuta que escapa a mi capacidad de comprensión, ¡pero escrupulosa...! Bien, sea lo que fuere, yo no le veo a esto más que una salida.

—¿Cuál?

La mano derecha del hombre desapareció una fracción de segundo entre sus ropas.

—Aquí está.

¡Un 32 silencioso!

La crisis se había producido. Buchanan no empuñaba el revólver para amedrentar, para amenazar a Nancy. ¡Lo empuñaba para hacer fuego! ¡Sus dedos tomaban rápidamente la posición de disparo!

Nick Lombroso apretó el gatillo.

Al formidable estampido de la pesada pistola se unió un grito de dolor. Cuando el detective salió del cuarto de baño, Buchanan, retorciéndose, sacudía su mano convertida en un guiñapo sangriento. El 32 había ido a parar al otro extremo del estudio.

—¡No se mueva!

La trampa había funcionado: estaba cerrada y con su presa dentro.

—¡Usted!

—Mala suerte, amigo —dijo Lombroso—. Consuélese pensando que otros más inteligentes se han sentado en la silla eléctrica. Al fin y al cabo, la electroterapia afirman que es buena para el estómago. Las cosas tienen siempre un lado bello, si uno lo busca.

Buchanan le miró durante unos segundos estremecido de rabia. Sólo durante unos segundos. Luego cerró los ojos y su semblante se apaciguó. Dejó caer sin fuerza la mano herida. Se abandonó en el sillón donde estaba sentado. Su boca se curvó en una mueca amarga.

—Un lado bello —murmuró.

Lombroso sintió una presión en su brazo. Era Nancy, pálida, pero no de miedo, sino de entusiasmo.

—Se ha portado usted como una heroína, muñeca. ¿Quiere, mientras yo vigilo a este pájaro, llamar al Departamento Central?

La muchacha levantó el teléfono.

—Dícteme el número.

El empezó a dictarlo, y no acabó. Antes llamaron a la puerta. Nancy lanzó una mirada interrogativa.

—Abra.

Fue a abrir.

Entraron tres hombres. El primero era O'Connor,

el segundo Pritchard, y el tercero un detective con cara de hurón. Los tres se movieron lentamente, mirando con curiosidad a Buchanan.

O'Connor

dijo:

—Muy bien, teniente Lombroso. Muy bien.

—¿Por qué teniente?

—Porque después de esto ascenderá. Apuesto mis narices. Ha sido un finísimo trabajo.

Lombroso se adelantó hacia él.

—No comprendo. ¿De dónde salen ustedes?

—De ahí fuera. El tiro, ¿no?, ha sido la señal de que había terminado la farsa.

—¿Quién le ha prevenido?

—En la Brigada nos prevenimos solos. —El irlandés emitió una risa semejante a un cacareo—. ¿Por qué cree que he llegado a oficial, muchacho? ¿Por mi *sex-appeal*? ¡Un cuerno! Blyss se puso terco desde el principio en que usted era el hombre adecuado para este asunto, de modo que le hemos dejado mover la batuta a su entera satisfacción, pero no sin fijarnos en cómo la movía. ¿Anoche quería hablar con Goldman? Hala, a charlar, ¡a solas! ¿Para qué cohibirle? Pritchard dejó abierto el interfono y el resultado fue el mismo. Oh, ciertamente, Blyss tenía razón: era usted el hombre adecuado.

—¿Usted no creyó, por tanto, en la culpabilidad de Goldman? ¿Ni en la de Joyce? ¡Vamos! Es muy fácil dárselas de listo ahora.

—Poco a poco. —El teniente levantó una mano—. Nadie le discute sus éxitos. Yo soy un hombre escéptico que, cuando se encuentra a oscuras, se limita a contestar a los zánganos de la Prensa y a halagar al contribuyente. Aprenderá eso cuando ocupe un puesto como el mío. Pero usted veía luz. Todos nos dimos cuenta, Blyss el primero. De modo que echamos a andar siguiéndole los pasos, y hemos llegado a lugar seguro.

—Blyss me conoce bien —dijo el detective—. Sabe que soy un sentimental. Aludía a eso con lo de «el hombre adecuado».

—Blyss es mucho más objetivo de lo que usted supone —replicó O'Connor.

Sacó un cigarro del bolsillo, lo estudió y se lo metió en la boca—.

Bueno, veamos, ¿qué ha pasado aquí?

—Pues que a un maestro de las marionetas se le han roto los hilos con que hacía bailar a sus muñecos.

El teniente encendió su cigarro.

—¿Y bien?

—La historia es demasiado compleja para contarla en pocas palabras, pero lo intentaré. Buchanan tenía dos marionetas predilectas: Dodge Turner y Sally Lee. A Turner, un excompañero de estudios que pretendía ser escritor, le guió, le formó e informó, le prestó sus ideas, y concluyó inspirándole y dirigiéndole en su primera obra de auténtica categoría, que fue la novela *En la cálida sombra*. Todo el contenido espiritual y material de este libro procede de Buchanan. El dio a Turner tanta pasión por la música como la base documental para las acusaciones que en el libro se hacían contra varias personas. Buchanan odiaba la superchería artística, las falsas estrellas y, paralelamente, cuanto fuera primitivo, rústico, vital; el *jazz* negro, por ejemplo. El suyo era el mundo del cerebro. Consecuentemente, en el fondo de su corazón también odiaba a Turner, que no era sino una falsa estrella. Contra todo esto desató su saña en esa novela ponzoñosa. —Lombroso estaba pensando en Goldman; fue Buchanan, no Turner, quien le había atacado a traición; tenía que ser Buchanan, porque Turner era incapaz de ello, quien conservó los papeles de Ely Jakob cinco años, en el mayor secreto, esperando el momento de usarlos como arma —. Dodge Turner, un hombre insulso, vulgar y bondadoso, probablemente ni siquiera sabía lo que era ponzoña. En cuanto a Sally Lee, Buchanan la había literalmente creado. Ella encarnaba todas sus quimeras, todos sus sueños, sus pretensiones de revolucionar el *jazz*, su ambición, su concepto del arte. ¿Usted no ha leído *En la cálida sombra*, teniente?

—No —masculló

O'Connor.

—Es fundamental para comprender el drama. Como Pigmalión de su estatua, y creo que no podía ocurrir de otro modo, Buchanan se enamoró de Sally. Debe de haber sido una pasión cerebral aniquilante, fiebre de locura, una alucinación. Entonces ocurrió lo terrible. Sally, al fin y al cabo una mujer normal, una mulata de inteligencia limitada y sangre ardiente, se enamoró a su vez, pero

de Dodge Turner. Trate de imaginarlo. Buchanan había creado con Sally una obra perfecta, ¡sólo para que su perfección fuera a marchitarse entre las torpes manos de Turner! Había cedido a Turner su brillo, sus ideas, su talento, ¡sólo para que con ellos cautivara a Sally! ¡Los hilos de las marionetas se habían roto y los muñecos bailaban ahora sin control!

«Naturalmente, Buchanan no podía sino destruir sus propias criaturas antes de que aquello se consumase. Mató a Dodge Turner y mató a Sally Lee. Pero los crímenes le sirvieron de algo más. Acababa de producirse un incidente entre Turner y Larry Goldman, incidente en el que Buchanan, amigo de ambos, actuaba de mediador. Aprovechó la ocasión admirablemente. Convirtió a Goldman en su nueva marioneta. Ofreciéndole un cebo irresistible, le envió ayer, a las once menos cuarto de la mañana, a casa de Turner. Era la manera de hundirle de lleno en el asesinato. Para sus propósitos tuvo que dejar abierta la puerta del apartamento, ¡aquella condenada puerta abierta!, pues de lo contrario el judío no hubiera podido entrar. Apostado al fondo del pasillo comprobó que las cosas ocurrían conforme a sus deseos, y luego se retiró».

—¡Eh, un momento! —dijo el teniente—. Eso era una tontería. Buchanan había matado horas antes a la mulata con la misma arma, sin disimular que ambos crímenes tenían un solo autor. Y Goldman poseía una coartada para el primero.

—No la poseía.

—Pero su esposa...

—Su esposa mintió para protegerle. Es forzoso. No puedo probarlo, salvo por el hecho de que la declaración de ella contenía demasiados detalles. Goldman, aquella mañana, salió de su casa antes de las siete, haya o no haya evidencias de ello. Su esposa dijo que se había marchado sin desayunar: era una medida de prudencia, por si llegaba a descubrirse que la criada negra no le había visto. Es forzoso, teniente. Buchanan no hubiera cometido semejante estupidez.

O'Connor

sacó humo de su cigarro.

—Bueno, ¿y qué tenía ese hombre contra el judío?

Lombroso miró hacia el sillón, donde Buchanan no había aún movido ni un párpado. El detective de cara de hurón se le acercaba

en aquel instante.

—Larry Goldman era a quien más odiaba en el mundo. Le debía la vida. Figúrese, procure figurarse lo que representa para un orgulloso, un ser aparte, un presunto superhombre como Buchanan, deberle nada menos que la vida a un miserable hebreo como Goldman. ¡Y qué vida! Conduciéndole al puesto sanitario cuando la granada le hirió, Goldman le había condenado para siempre al dolor, a la vergüenza, a la invalidez, al más sucio e ingrato destino imaginable. Buchanan hubiera preferido la muerte mil veces.

El detective de cara de hurón se había inclinado sobre el herido.

—¡Eh! —exclamó, de pronto—. ¡Pero si este tipo está agonizando!

O'Connor

corrió hacia él.

—¡Pritchard! ¡Un médico!

Pritchard se dirigió al teléfono.

Lombroso respiró profundamente y echó a andar hacia donde Nancy, turbada, presenciaba cómo el teniente y el detective de cara de hurón trataban de auxiliar al moribundo. La tomó por los hombros.

—Échese un abrigo encima —dijo—. Nos vamos de aquí.

Ella alzó sus ojos resplandecientes.

—¿Nos vamos?

—A cualquier parte. A tomar el sol, o a beber una copa. Tengo que hablarle.

La muchacha entreabrió los labios.

—Sí.

No se había sorprendido. No podía sorprenderse. ¿Poiqué? Él tenía que hablarle. Sabía que tenía que hablarle antes de que lo dijera. Estaba dispuesta a escucharle mucho tiempo, siempre, toda la vida. A veces sucedían aquellas cosas: cualquier día, en cualquier lugar, en cualquier momento, un hombre. Un hombre que no era como los demás. No por esto ni por lo otro, no por nada. Un hombre que era su hombre.

Cuando salían del apartamento, Lombroso se percató de que la radio, conectada mientras esperaron a Buchanan, continuaba funcionando. Se detuvo un instante. A través de una trama contrapuntística fría y cerebral como una ecuación algebraica, los

audaces dedos de Lennie Tristano conducían un viejo tema negro.
Sonrió sin querer. Era una buena despedida.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

